

# LA PUERTA DE ENFRENTÉ

Ramón Lara Gómez



Colección  
Boca del Cielo



UNICACH



# La puerta de enfrente

Ramón Lara Gómez



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS

2010

**Colección  
Boca del Cielo**



**UNICACH**

Joya turística del estado de Chiapas, Boca del Cielo es uno de los nombres más poéticos originados de la sensibilidad colectiva de sus habitantes y el idóneo para una colección de libros destinados a la recreación artística. Los títulos reunidos bajo este sello comprenden el arte y la literatura originados en la entidad o destinados expresamente a ella por autores de diversa procedencia, hermanos todos por su vocación cultural.

Primera edición: 2010

D. R. ©2010. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas  
1ª Avenida Sur Poniente número 1460

C. P. 29000, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México.

[www.unicach.edu.mx](http://www.unicach.edu.mx)

[editorial@unicach.edu.mx](mailto:editorial@unicach.edu.mx)

Registro INDAUTOR: 03-2010-032613493200-01

ISBN

Diseño de la colección: Manuel Cunjamá

Ilustración de portada: Noé Zenteno

Impreso en México

# La puerta de enfrente

Ramón Lara Gómez

**Colección  
Boca del Cielo**



UNICACH



No estoy loco, simplemente quería  
probar los límites de la realidad,  
eso es todo

*Jim Morrison.*

A mi madre Alicia  
que vaga sola por la casa  
acompañada por dos perros de pelea.

Para Carlos Gutiérrez Alfonzo  
desde el otro lado del mundo





## I Perdido en su sueño

La vida de Manzi Gregory se vio marcada por un suceso original, pero a la vez terrible: nació un dos de noviembre. El día en que los muertos son convocados de sus tumbas y en el que cobran vida eterna: “Mientras los estamos recordando nunca van a morir”, aseguran los parientes de los difuntos. Les preparan tamales, café con tequila y los canonizan erigiéndoles un altar de flores (de preferencia sempual y mariposas blancas), y veladoras de vaso de vidrio y veladoras de papel con la imagen de la Virgen de Guadalupe. Al frente de todo esto, colocan una fotografía del ausente. Este ritual es para rendirle culto a la muerte y para que el muertito no se sienta desatendido, ni olvidado y menos recuerde que ya no es parte de este mundo...

“Esto sí que es un jolgorio”, pensaba Manzi al tiempo que veía correr el bolígrafo sobre la hoja en blanco. ¿Qué hacía completamente desnudo sobre la cama? ¿Qué tanto escribía mientras pensaba? ¿Podría atender dos asuntos a la vez? “Espero que el día de mi muerte lo festejen en grande: que tomen tequila y escuchen al mariachi y en plan de ironía, me dediquen hasta el cansancio *El muchacho alegre*”.

La muerte... Manzi, como otros escritores, no tenía conciencia exacta de lo que este lugar común significaba, ni la

relación que tenía con su nacimiento. Hasta ahora, nunca lo había meditado. O tal vez sí, pero eran reflexiones imprecisas y al azar de la memoria: “¿Para qué asistir a un velorio? ¿Para deprimirte? ¿Para ver rostros vivos que gozan con la fragilidad del muerto? ¿Para sentir asco y náuseas por un cuerpo ya en descomposición? ¿Estar presente para odiar y ser odiado? ¿Para celebrar que lograste tu objetivo? ¿Para imaginar que eres culpable? ¿Presentarte sólo para observar una escena mal representada y además cursi? Los vivos piden perdón y la carroña otra oportunidad... Pura hipocresía. ¡Muerte! ¿Estás ahí? Ábreme la puerta”.

Hasta ahí llegaban las conjeturas de Manzi, pues sabía que a los duelos siempre concurren los mismos clichés. Pero empezó a tomar conciencia sobre la muerte, y el día de su nacimiento, cuando leyó en un libro de la colección de Duda Semanal que el pueblo egipcio, y algunos prehistóricos, se preocupaban por la conservación de los cuerpos y la salvación de las almas. Y en otra revista, de la que no recordaba el nombre, se enteró que en Janitzio, en la noche de muertos, las personas hacían mil cosas para mantenerlos contentos... Y que la isla, llena de luz y de flores, era sólo por esa noche la puerta de entrada al reino de la muerte.

En cambio Manzi festejaba, pero muy a su manera. Después de todo él era un hombre y también era un estilo. “Es bueno celebrar la muerte, pero no sentirse triste y moribundo a causa de ello”. Había finalizado de escribir y continuaba desnudo y desparramado en la cama de latón disfrutando de solaz esparcimiento: “Tal vez hoy sería un buen día para morir”. Gregory actuaba y razonaba como un idiota, a saltos, como un cuadrúpedo acorralado ante el peligro. ¿Pero acaso la existencia del hombre no es contradictoria y tan absurda? A veces se creía un emperador sanguinario, aborrecido, destronado y en juicio sumario, decapitado por su

pueblo. ¿Era masoquista? ¿Le fascinaba sentirse perseguido? Lo cierto es que gozaba con el sufrimiento, como si con ello lavara sus pecados; pero nunca lo pensó. Él era un hombre que había nacido para sufrir y lo aceptaba sin quejarse, sin pedir ayuda. ¿Después de todo, quién era Dios, Yahvé, Alá, Buda o Jesucristo para encomendarse a él? A Manzi lo enloquecía jugarse bromas en extremo y ser la víctima de su propio escarnio.

Cuántas noches no se soñó él mismo, cruzando el río Estigia en una barca y llevando al hombro una guadaña. Manzi se veía luchando a muerte con el Cancerbero. De-seaba que el animal mitológico lo dejara en plena libertad de escoger. De permitirse elegir el limbo subterráneo, antes de permanecer un momento más en el paraíso-infernal de este mundo.

Otras noches brillantes, el subconsciente lo traicionaba burlándose de él en los sueños: tenía minutos, fragmentos de segundos efímeros de felicidad (como un fugaz cuento de hadas y gnomos) en los que se admiraba volando por el aire, descansando entre las nubes, sin la ayuda de escobas, de tapetes voladores, ni capas de superhéroes. En verdad flotaba sobre su propio destino. Su dicha fulguraba como la tierra en el espacio, y todos aquellos que la veían (incluyendo a su madre, la señora Clara y vecinos) les representaba algo eterno. Y con un abrazo universal y fraternal, se unían a soñar con él y jugaban, entre instantáneos chascarrillos, a reflejarse en la felicidad de Gregory.

Cuando despertaba, reía y lloraba inconsolablemente. Su risa-llanto semejava la de un demonio ebrio, de ángel vomitado del paraíso, de hombre sin remedio. Luego permanecía con la cabeza colgando al suelo y con la mirada fija hacia un determinado lienzo o fotografía que poblaban las paredes de su cuarto.

Ahora su vista estaba posada, como mariposa en las gardenias, en una fotografía facsimilar en blanco y negro, de 25 x 50 centímetros, y marco de madera de pino. En el cuadro, que estaba siendo devorado por la polilla, así como muchos otros, de diferentes artistas y pintores, se encontraba retratado Charles Chaplin, acompañado, pero solo. Tenía la mirada triste hacia la lente y se hallaba sentado en el segundo escalón de la entrada principal de una mansión en ruinas. Chaplin permanecía con los pies abiertos y las manos cruzadas (¿Sería lo único que le heredó el cine?) Sus ojos melancólicos sondeaban el alma del que los veía fijamente. Su bigote hirsuto y las cejas pobladas semejabán tres erosiones profundas producidas por el ambiente del celuloide. A su lado, en cuclillas, como un cervatillo sin padres, posaba un niño de doce años con la mirada atenta en el volar de una torcaz. De su hombro pendía un zurrón de cuero que le llegaba a las rodillas. De sus zapatos de charol, desvencijados, se desbordaban sus diminutos dedos. Y de sus manos entrelazadas se veían surgir y renacer nuevas esperanzas: “¿El hombre fue creado para vencer?”. Ambos, adulto y niño, cobraban vida en el retrato. Amenazaban con salirse del encuadre y echarse a caminar a través de ese día blanco y negro, en el que ambos estaban abandonados a su suerte: en un mismo tiempo y en un mismo espacio. “No llamen a un hombre feliz, si no está muerto”. Concluyó Manzi, rescatando del olvido esta vieja frase del cine. En variedad de ocasiones lo hallaron así: perdido en su imaginación, en su mundo ajeno. Hasta juraría que Manzi dormía con los ojos abiertos, porque lograba permanecer horas y horas con los ojos en blanco, sin que nada ni nadie lo perturbase. Todo finalizaba cuando su madre, como ángel salvador, y espada del arcángel Miguel, venía a rescatarlo de otra terrible pesadilla.

*Del cuaderno de Gregory*

## El equilibrista

**C**orres hacia el vacío y pienso en tus esperanzas, en las mías, por ese mundo que yo forjé y que pude heredarte en vida eterna. En la confianza que deposité en ti y que no supiste aprovechar. Después de tu primer derrumbamiento, relativamente benigno, porque te hizo pensar mejor las cosas y explotar de la mejor manera a tu costilla, dándole usos insospechados, tus hijos nonatos también pusieron en ti sus esperanzas. Pero a pesar de tu desatada conducta, luego de la manzana, quisiste justificarlas arrumbándolas en el olvido. Y te fue creciendo, incontrolablemente, ese deseo de mandarlo todo a la chingada. Pero esto no significa que no puedas continuar... reivindicarte y recrear tu propio mundo. Al contrario, Adán, puedes seguir adelante. Yo me encargaré de dictarles a los profetas las leyes que regirán tu mundo. Urge que te olvides de tu sepultura, de tu muerte en vida. El que yo me imponga y que te corra no significa que estés destruido. Sólo espero que lo pienses, que reflexiones, y que al vislumbrar el abismo te detengas y no intentes reencontrar el paraíso perdido.



## II La vida en común

La silueta de una mujer madura, vestida de luto, pasa por el corredor. Se detiene frente a la puerta del cuarto de Manzi y dice: “Niño, ¡levántate!”. Golpea con los nudillos y agrega: “No vas a llegar a la primera hora...” Doña Clara no sigue insistiendo. De sobra sabe que después de esta rutina mañanera, pasarán cinco minutos para que Manzi se incorpore, tratando de abandonar la cama; como si el vas a llegar tarde... Manzi lo escuchara allá a lo lejos. “Es de efecto retardado”. Piensa doña Clara. Se desplaza lenta pero segura. Cojea del pie izquierdo y al caminar parece que pedaleara una bicicleta. Como todos los días se dirige a las ventanas y, sin prisa, corre las cortinas. Qué pasa afuera. Qué mundo es éste. Hasta el jardín de su casa se nota marchito. ¿Envejecen muy rápido las cosas? Parece que el tiempo tuviera prisa por devorarlo todo, de corromperlo todo. ¿Y no es así? Doña Clara sabe que nada es perdurable en este mundo. Un día de estos ella también tendrá que morir. Una telaraña adorna la ventana, se mece con el viento: se estira, se encoge, resiste y subsiste, como una cola sin lagartija. Con mano suave retira la telaraña y apenas si se mueve. Aspira el aire. Doña Clara lo siente débil y estéril. ¡Qué carajos! Si pudiera decidir dejaría de respirar ese aire enrarecido,

envenenado e incrustado de partículas extrañas, aunque debería tener un olfato fino de perra, para saber de qué se trata, y hacer quizás hasta una clasificación de los olores.

Doña Clara deja volar la vista sobre los campos yermos. Todo permanece sin vida. ¡M u e r t o o o! Se da cuenta que es un error de los campesinos segar y quemar los campos, junto con la flora y la fauna. Hace veinte años, frente a su ventana, había una montaña: ahora es un camino, una fábrica de cemento, un anuncio espectacular de la Coca Cola, una colonia perdida, un burdel y hasta un campo de adiestramiento para rebeldes. Es todo eso. ¡Maldito gobierno! Desde ahí se extiende la corrupción. ¡Pero qué cabrones! Después de todo, ningún tiempo pasado ha sido mejor...

Su vista regresa como un bumerang. Se encuentra, se pertenece: ¿Cada instante transcurrido la marchita? ¿La vuelve débil? ¿La seca? ¿Es más volátil? Observa sus vestiduras y esto le da un mal presentimiento. Pero siempre ha vestido así... Conoce el color de la muerte y ha creído presenciarla infinidad de ocasiones. Anoche, doña Clara soñó que asistía a su propio entierro. Le agradaba saber que más que un día funesto, era una fiesta y un funeral de lujo entre seres desconocidos. ¿Le evitaba esto disfrutar el día? No. ¿Cuál era su mayor preocupación? Su mayor preocupación era que no fuera cierto el funeral. ¿Cuál era su mayor alegría? Su mayor alegría consistía en saber que cargaban un ataúd sin muerto.

“No vas a llegar a la primera hora...” Le recuerda doña Clara a Manzi y al instante olvida, se pierde y permanece estática como si fuera un cuadro impresionista de Renoir. ¿Tal vez Madame Daudet? Otra vez ese elemento enrarecido, agrio, que inunda el otoño chiapaneco. También la ciudad es un desastre: telarañas de antenas sobre las lozas



y los patios, que igual parecen ramas de árboles muertos. No hay concreto que se salve de la lluvia ácida, ni el hierro resiste al óxido. La ciudad está tejida de cables y alambres, como un gigantesco tendedero. Día y noche las aguas del drenaje recorren las calles. Todo es una ciénega, muldares y polvo, polvo y mierda. Contaminación y llanto, mentadas de madre y tensión desde temprano. ¿La ciudad es un cadáver? Pero aun así, afuera las personas ya inician el tránsito. Algunas llevan prisa, y otras, se toman todo el tiempo del mundo. Ya llegarán a su destino...

Un niño llora porque no quiere asistir a la escuela, mientras su padre lo lleva arrastrando. El niño deja una marca negra de sus huaraches en el pavimento. Parece que todos los obreros llevan una idea en común: asesinar a su patrón. Ahí se asoma el vecino raro, Petronio Petrovich. Aseguran que es ruso. A doña Clara la divierte el color del extranjero: parece un camarón cocido a fuego lento. Es como un carbón encendido que reluce su torpeza. Como todas las mañanas voltea hacia ambos lados de la acera, como si buscara a alguien, como si temiera algo, como si sospechara... ¡Tonto! ¡Cornudo! Qué fácil sería decirle que su mujer lo engaña. Que cuando él se va otro viene a ocupar su cama, sus pantuflas y su bata. Que ese otro tiene diez años menos que Petronio Petrovich y que su mujer, Torcuata Lucas, es una lagartona. Qué fácil sería... Pero para qué. No es cosa que a doña Clara le importe. ¿O sí? A lo mejor sería bueno decirle por la relación de vecindad. Pero tal vez no, porque en ocho años de ser vecinos, Petronio Petrovich, no la ha venido a visitar. Lo más seguro es que el cornudo no funciona y... ya se va. Petronio Petrovich corre haciendo la parada al chofer, se embarca en el microbús 420 y desaparece. Segundos después, una figura ajena, juguetona, como de fauno, irrumpe

con lascivia en la inviolabilidad de su hogar. “¿Así deben de ser los días?”. Se pregunta doña Clara, mientras se retira de la ventana como un espectador ante el peligro.

*Del cuaderno de Gregory*

## La Virgen de las Rocas

Soy como este páramo triste: habitado por lagartijas que se calcinan sobre las rocas, y pequeños arbustos de espinas y esqueletos de una civilización perdida. En este lugar hambriento, en este lugar sediento, sólo un hilillo de agua, a veces, se escurre y refresca mi entrepierna. Pero más allá de esto, nada ocurre. Sólo mis dos sobrinos obesos en ocasiones me acompañan a recorrer la ciudad yerma. Desde que me vaticinaron que seré una santa, asomo el rostro por la ventana en busca de la señal en el cielo.



### III

## ¿Dónde estás corazón?

Mujer que amé y perdí  
y que en esta noche evoco  
y hago canto.

*Pablo Neruda*

**L**a vida es tan absurda que regularmente está saltando de un lado a otro, como si fuera un caballo desbocado del juego de ajedrez. Nada es lineal en esta vida aunque en ocasiones lo parezca... Un momento estás en este lugar y en otro instante, estás allá en los sitios menos insospechados conviviendo con desconocidos y admirando otros paisajes.

Seguido te descubres paseando en una ciudad extraña y enorme, de la cual te han dicho, sus habitantes y los libros de historia, que esa monstruosidad es nuestra. Pero no es tuya (ni mía): no te pertenecen los monumentos, ni las calles, ni los automóviles ni nada. No eres dueño de nada, perro. Perro errante y solitario. Perro lujurioso que seguido te descubres en un cuartucho maloliente, ubicado en algún rincón de la ciudad o a la orilla de un camino. No comprendes qué te llevó ahí: ¿La lascivia? ¿El destino? Pero ahí estás,

bajo las sábanas o sin ellas, haciendo el amor con una nacional o una extranjera. El color no importa, siempre que sean mestizas. La única condición que pides para montarlas es que sean mujeres sin dueño. Vagamundo.

La vida es un constante movimiento. En cambio la muerte es fija, lineal e inútil. ¿Entonces valdría la pena seguir viviendo? Ahora Manzi estaba sobre su cama pensativo y soñoliento. Su bostezo era un suspiro. Una evocación recurrente: ¿Qué sería de Bertha? ¿Será feliz? ¿Dónde vivirá? ¿Qué estará haciendo? Aunque será mejor que no lo piense –dijo Manzi-. Hay sucesos que sólo ocurren en la noche: “De otro. Será de otro. Cómo antes de mis besos. Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos”. Recitó de memoria. Era claro que estos versos de Neruda eran contundentes: como una descarga eléctrica para el corazón. Cerró los ojos y la vio venir flotando en una nube. Bertha acudía a él hecha un océano en llanto. Caminaba descalza y vestía harapos. A cien kilómetros podía notarse que no era feliz (así como tampoco Manzi lo era). Bertha tenía los ojos rojos y marchitos, como si nunca hubiera parado de llorar. Su desesperación era evidente: Bertha manoteaba y a dientes enredados intentaba explicarle que, desde que lo había abandonado, no tenía un instante de reposo, menos de felicidad. Que ese hombre de buenos modales y ataviado con los mejores trajes, no era lo que ella creía ni lo que el muy maldito aparentaba. Que el cabrón de Filiberto Remigio había faltado a su palabra: no le compró un castillo no la transportó a la luna y no le regaló una estrella. Y la vida de ángel no existía.

La observó arrodillarse, hasta besar el suelo, pedirle perdón, suplicarle que la rescatara de ese infierno. Sintió las manos huesudas de Bertha aferrarse a sus rodillas y como una piñata colgarse de él con desesperación. Desde esa perspectiva de gigante, la apreció como una hormiga. Como

una diminuta bestia destrozada y rebajada de su condición de mujer: una basca humana.

Esa noche, Manzi fue el manto sagrado de Bertha y su futuro salvador... Acordaron irse lejos, donde ni el tiempo los alcanzara, escaparían en tren, en un vagón de primera clase, para iniciar con decoro sus amoríos. De día verían unirse el cielo y la tierra; de noche la oscuridad y las estrellas. Sólo de vez en cuando observarían una paloma blanca o un ejército de luciérnagas. Todo estaba resuelto, a las ocho de la noche se encontrarían en la estación del tren, escaparían y el mundo no volvería a saber de ellos.

Lo único con lo que no contó Manzi, fue que llegada la hora y el día de la fuga, él iba como maquinista y Bertha como pasajera. “Qué malas jugadas nos hacen los sueños...” dijo Manzi Gregory al otro día.





*Del cuaderno de Gregory*

## Atardecer lluvioso

Toda alma  
está construida  
para la soledad

*Juan José Arreola*

“Soy mucha mujer para ti, jamás viviremos juntos”. Te dijo la bailarina rubia y atractiva, aquel crepúsculo del verano del 92, mientras severa, sin sentimientos, y con las manos en la cintura, veía declinar el sol en los goterones amargos de tus lágrimas.



## IV La Facultad de Letras

El hombre es un callejón  
sin salida

*Max Scheler*

“Niño, ¡levántate! -la voz ordena, pero la mano no atina a tocar la puerta-. No vas a llegar a la primera...” Por un instante la voz se pierde, luego rebota contra la madera de la puerta y retorna fragmentada a su cerebro: “No, no; vas, vas; niño, niño; llegar, llegar; la, la; levántate...” Después todo continúa como antes.

Doña Clara sólo aparta las cortinas y le sorprende que ha logrado respirar un viento fresco: un aire de jardín primaveral y sabor a tierra húmeda. Da una aspiración profunda y se embota de ese oxígeno ausente de todos los hedores cotidianos.

Levanta los ojos y observa que en la ciudad alguna vez ocurren los milagros. Hoy la ciudad parece limpia... No, no, está resplandeciente y el jardín central es un paraíso terrestre que ha resucitado con el agua. Ya no se talla los ojos, ni los cierra. ¿Debe creer lo que ven los ojos? ¿O esta maravilla es un espejismo? ¿O su mente senil hace de la ciudad una

metáfora? Pero el milagro continúa y debe gozarlo antes de que desaparezca. Antes de que sea demasiado tarde y las cosas se presenten tal como son... y la realidad venga con más fuerza y ocurra esto: entonces la mañana suele ser tan surrealista, que desde el kiosco de madera y hierro, en forma de paraguas, se divisa cómo la realidad se instala de nuevo, cómo el cielo se torna gris y la ciudad continúa buscando su destino.

De verdad que no hay días tranquilos. La tranquilidad y la belleza son sólo pasajeras. Una ilusión mental de los que sueñan despiertos. De pronto aparece el circo y su compar-sa: animales mostrencos, seres con apariencia humana, aves de rapiña, manifestaciones y marchas políticas. En esos días de suerte, se puede sorprender al presidente municipal Corona Pimienta, sentado en una banca de metal, observando, con la mayor obstinación y lujuria, a las chicas irresistibles de la facultad de letras. Da risa y compasión ver su cara de idiota y su cuerpo elefantino (no así su dinero mal habido) abandonado al reposo. ¡Pobre viejo!

La Facultad de Letras está ubicada al costado este del centro de la plaza. La escuela es una construcción (a punto del colapso) de tres plantas, que en su inicio funcionaba como museo de joyas arqueológicas, y que fueron sustraídas en un robo impresionante dos días después de su inauguración. De todo aquel esplendor de cerámicas de barro y jade en exposición, del arte maya, los saqueadores sólo respetaron un mapa de fibra de vidrio con la geografía política de Chiapas, que semejava un gigantesco cuero de venado en descomposición.

Del mapa sólo permanece la imagen del estado y los nombres en mil colores, de las plumas espontáneas de los ocurrentes enamorados: “Lisa, ya sabes que te ama Pedro”. “Juanita, anoche soñé contigo”. “Lucas, mi Lucas, te adora

Pepa”. “A Reyna me la cogí tres veces”. Y a lado derecho de esta nota, había otro recado jactancioso que decía: “Te gané, yo me la cogí cinco veces”. “Hijos de su reputísima madre, a mí no me ha cogido nadie. Atte. Reyna”. ¿Sería la misma Reyna u otra Reyna? En los mensajes no aparecían los apellidos. Y las frases seguían: “Crispín es puto”. “Este lugar sagrado, es de la Banda Rap”. “Soy tu padre”. “Chingue su madre el que se orine y se cague aquí”. “Los de la Facultad de Letras nos pelan la verga. Atte. Los de Arquitectura”. “Bola de albañiles puñales. Sus papás los de Letras”. Y un montón de dibujos obscenos: vaginas, penes, tetas de todos tamaños. Y estos elementos en conjunto, como imágenes rupestres, exponían a hombres, mujeres y a homosexuales, haciendo el amor. Dando cuenta del mundo primitivo que habitamos.

En línea recta, desde la casa azul, Manzi Gregory hace el recorrido a pie. Se desplaza cinco cuadras desde el lado oeste de la ciudad, hasta la facultad de letras, en días como hoy, disfrutando y saboreando el olor a tierra húmeda revuelta con el aroma del último reducto de la selva y de los ríos. Para él, en amaneceres frescos, es una buena manera de comenzar el día. Es increíble la ciudad sin la contaminación y la basura.

Es maravilloso observar un cielo azul, azul, despejado y brillante que permite ver claramente la dimensión de la ciudad: una ciudad en sus últimos estertores. Sin las lluvias, Palenque realmente es un basurero y una ciudad en decadencia, que ya no dará para más. ¿Toda ciudad es irrenovable?

“Si uno vive en Palenque —reflexiona Manzi—, tiene uno que acostumbrarse a todo tipo de desgracias, aún la nuestra, la mía: aquí no existen los milagros”. Pero estando en la Facultad de Letras, Manzi trataba de olvidarse de todo. Gustaba de disfrutar los horrores de la ciudad desde el

balcón de aluminio con vista a la calle. Desde ahí descifraba la ciudad como un gran circo en sus días finales, y a sus actores como una fauna en extinción: “La tierra es un desastre y el hombre una vergüenza”. En realidad, todo permanece muerto: Desde el Diluvio, ni los ángeles atraviesan volando las quebradizas líneas de las montañas. Antes todo era verde... y la tierra parecía alfombrada de árboles y árboles, después nada que lograra verse con la vista forzada. Antes de la contaminación y los ensayos atómicos, el cielo era azul y blanco cuando se llenaba de nubes, y el sol cegaba y brillaba sin parar. A veces el cielo se hallaba negro, sólo cuando estaba nublado: eran tardes de truenos, de aguas monzónicas y relámpagos. Días en que la lluvia llegaba a limpiar la ciudad. Días en que venía (como ahora) a darle un respiro a lo que antes fue un centro ceremonial de los mayas.

*Del cuaderno de Gregory.*

## Tlatoani

Un triste huésped sobre  
la tierra sombría

*Goethe*

**V**agas por las calles. Recorres la ciudad de punta a cabo. Si por ti fuera, no lo harías... Qué padre sería, ¿verdad, Tlatoani?, levantarte bien abrigado por las mañanas, permanecer acostado hasta las diez y tener los labios calentitos con un vaso de chocolate con leche y un pedazo de carne esperándote en la mesa. Pero no, hay que levantarse temprano, casi a las cinco de la mañana, todo desabrigado y nada de comer esperándote en la mesa: primero porque no hay comida, y segundo porque no tienes mesa. Luego caminar y caminar, para ver dónde encontrarás una moneda o qué trabajo harás... Ya no vendes periódicos en las esquinas, porque la gente dice que son portadores de puros infundios y por eso no los leen. Ya no lavas carros en las casas residenciales, porque la misma gente lo hace: dicen que se pierden las cosas. Sólo te queda seguir rentándote de payasito en los cruceros. Además, eso es lo que más te agra-

da ¿verdad?, verte la cara tú mismo. Tocarte la nariz roja y redonda y maquillarte el rostro con los dedos. En verdad actúas como un payaso: haces piruetas, bailas y cantas para alegrar a los demás. No eres feliz, pero deseas ver alegres a los transeúntes, a los mirones que se diviertan y agradeces con la mano al que te arroja una moneda, y desprecias al que te compadece y después te observa indiferente. ¿Qué les importa lo que haces? No dañas a nadie: aunque dicen que afeas la ciudad. Pero de algo tienes que vivir, ¿no? Y también tu familia: tu padre, tu madre, que te avientan a las calles, para que sorteas los horrores del mundo, te esperan cable en mano si no traes las monedas. Pero si las traes y las depositas en el piso de tierra, junto a la botella de aguardiente, nada ocurre. Es más, hasta algo de comer podrías alcanzar. Vivir al día es tu destino: estar alerta y responder si el caso lo amerita. También caminar y caminar, aunque en ocasiones te detengas y seas el propio espectador de tu desgracia.



## V El tiempo pasa...

Hago del odio un instrumento  
y la herramienta con la que voy cavando  
feroz, implacable, diariamente, mi propia tumba.  
Ignoro lo demás y no me importa

*Francisco Javier Larios*

**A**buelo Maximino, extraño tu presencia (aunque no lo creas) y tus narraciones cortas. ¿Por qué tenías que llegar a viejo? ¿Por qué tenías que volverte una cosa inútil a la vista de todos? ¿Por qué tenías que morir? Sobre todo cuando apenas te estaba conociendo: iniciaba a acostumbrarme a ti, prometía rescatarte del olvido. En vida, eras un anciano humorista y crítico de la vida de los demás, cosa que te valió que esos demás te señalaran como un cretino. Hacías risa de todo, viejo. Ahora que te evoco y te llamo viejo, abuelo... Recuerdo y me siento ese conejo idiota llamado Bugs Bunny (el de los comics, que tú generosamente me regalabas los fines de semana) y que desde el inicio de la historieta se la pasaba repitiendo: “¿Qué hay de nuevo, viejo?”. Caricatura imbécil, ¡pero conejo vivo! Así me siento todos los días, abuelo. Una estúpida caricatura.

¿Sabes, abuelo...? No es por chismear, ni nada, pero desde el día que te marchaste o moriste, y después mi padre, que también se fue, tu hija se la pasa vagando por la vieja casona que nos heredaste. Parece un animal sin dueño. Le gusta recorrer los pasillos de la casa azul, una y otra vez... Sin ley ni orden, acomodando y desacomodando los cuartos. No tiene tranquilidad en todo el día, ya por las noches, con una vela encendida, se les arregla para seguir vagando. Varias noches la he descubierto en el jardín regando las flores. Otras, la he encontrado gritándole a la luna. Ayer al mediodía, insultó al sol. ¿La razón para hacerlo? Por deslumbrar y quemar tanto. Lo injurió hasta cansarse: de puto y pendejo no lo bajó. A veces me da miedo, porque no sé que pueda hacer en un arrebato de locura. Por lo regular tiene días tranquilos o así lo parece. No lo sé con certeza, porque ya casi ni platicamos. Es como si fuéramos dos desconocidos habitando la misma casa. “Niño, vas a llegar tarde...” Es lo único que me repite todas las mañanas, como si hasta los sábados y domingos fuera yo a la facultad. Así es tu hija, abuelo, así es mi madre.

Manzi se llena el vaso de whisky en las rocas y enciende otro cigarro. Prosigue: por otro lado, abuelo, quiero pedirte perdón. ¿Qué, por qué? Porque soy un alcohólico. Yo, aquél que te dije un día en su niñez que no iba a tomar. ¿El motivo? Una mujer. Una bailarina rubia y atractiva tiene la culpa de lo que soy ahora. Y como tú ves, no soy más que un gusano. Tengo la esperanza de que regrese pronto y deje de encantar a los hombres. Que pierda su poder de embrujo y yo me salve, abuelo. Si no regresa, no hay problema: tengo en mis manos el remedio para olvidarla, matarla y enterrarla. Lo que ocurra primero.

El vaso de whisky cobra vida, le salta de las manos. El

líquido le moja el pantalón, se le escurre entre las piernas. Prosigue: Mira, ya me oriné, abuelo. Me deshago en los recuerdos. Me desbordo en mi rutina. De nuevo te vuelvo a pedir perdón. ¿Qué, por qué? Casi por nada, abuelo, ¡hit! Por tenerte en el olvido. Pero no es que te haya olvidado, abuelo, te lo juro... Por ésta -Manzi besa la cruz de sus dedos-. Sólo fue que se te agotaron las historias. Y lo comprendo, abuelo, con tu edad y tu obsesión por olvidar lo intrascendente, se acabó por borrar todos los archivos de tu memoria. Y eso que tú siempre fuiste brillante para recordar hasta lo olvidado. Pero un día decidiste asesinarlo todo, y entonces, abuelo, te transformaste en el inútil del abuelo. En otro viejo más en el mundo. Y de ser un manantial de historias (para alegrar las tardes), pasaste a ser un objeto más de la casa; un soso objeto de adorno que todos queríamos evitar -se sirve otro vaso y casi pierde el equilibrio en la silla-. Perdóname, abuelo, porque no te supe comprender a tiempo. Porque no logré entender que habías olvidado tus historias, gracias a que ya habías vivido demasiado. Y que por eso a lo mejor ya deseabas descansar. Por tu traje de militar del Estado Mayor Presidencial, no te preocupes. Siempre que me acuerdo de ti, voy a tu cuarto, abro el ropero, lo extraigo y le sacudo el polvo. También le doy brillo a las medallas, que representan lo que fue tu gloria efímera en la tierra. Espero que en el cielo o donde estés, tu triunfo sea mayor y duradero. El uniforme sigue como nuevo, creo que durará otros noventa años. Ahora que tu pierna postiza sigue sirviendo: ya no corre ni camina enormes distancias. Pero sí es un buen soporte de mi cama. Y cómo no, abuelo, si está hecha de roble. Ni para cuándo se la devore el comején o la polilla o como se llame ese insecto que devora con desesperación lo que sea madera. Pero con tu prótesis no van a poder, abuelo. Lo más

seguro es que esos insectos roñosos se gasten los dientes primero. Si es que tienen dientes. Por si intentan comérsela, seguido la reviso y procuro que no se maltrate, por si en el día del juicio final me la reclamas. No deseo que me vayas a poner en vergüenza, ante los demás enjuiciados o ante el señor, si está presente. Y digo si está presente, porque me lo imagino como un burócrata de alta jerarquía.

Ahora por lo que acontece en el mundo, no te preocupes. En los trece años que llevas de ausente, no ha cambiado en nada. Parece que en esta tierra se hubiera detenido el tiempo. Esta pelota, con la que la humanidad juega, es el mismo caos de siempre y peor si uno lo nota. Si uno abre bien y con acierto los ojos... Creo que Darwin se equivocó. La gente cada día que transcurre es más animal; como que estamos desevolucionando. Y no lo culpo, por su teoría anacrónica en nuestro tiempo, pero tenía que llegar el día que fuéramos para atrás. Los religiosos se la pasan pregonando que así está escrito y que las sagradas escrituras no se pueden cambiar. Siento como si los mensajeros del señor gozaran divulgando el poder de Dios. ¡Boberías! Abuelo, no sé cómo soportaste noventa años sobre esta tierra. Yo apenas voy librando los veinticinco de sufrimiento (porque esa es la palabra) y ya me quiero suicidar. Quitarme la vida, abuelo; no que desee que me vaya a pegar el sida. Si de enfermedades se trata, pediría lo mínimo: una gonorrea. ¿Verdad abuelo que para vivir en este mundo hay que ser un valiente? ¿Y que para tener el valor de matarse hay que ser lo mismo? Y pues yo soy un cobarde que no se atreve a eso.

La cabeza de Manzi es una olla de presión a punto de reventar, se sirve otro trago, mientras endereza el cuerpo y continúa. Acaba de venir tu hija, abuelo. Vino a preguntarme (a través de la puerta) si traje un amigo a la Casa Azul. En el estado en que me encuentro ahora, casi me río. “¿Ami-

gos yo? ¡Qué va!”. Le contesté (también a través de la puerta). “¿Entonces con quién parlás vos?”. Imagínate, abuelo, qué enredo de palabras ¡Qué pregunta!

“Con el abuelo”. Le respondí. “Parlo con el abuelo”. “Estás loco, Manzi. ¡Locooo!”. Fue lo que dijo y continuó gritando mientras se marchaba. Pero tú sabes mejor que nadie que no estoy loco, abuelo. Tú sabes que no me patina el coco... Tú lo sabes y debes decírselo. Habla con ella en sus sueños. Mi mamá sabrá entender que tú tienes la fuerza para venir a visitarme, ya que mi padre no lo ha hecho. Si lo ves, me lo saludas. También le dices que ya lo perdonamos por haberse muerto antes de tiempo y en plena borrachera. Se me hace muy estúpido, que se haya ahogado con su placa postiza, y que no se la haya logrado desatorar de la garganta. Pudo ser, pues la autopsia reveló que falleció de asfixia. Sí que estaba perdido de borracho. ¡Ojalá y a mí nunca se me vayan a caer los dientes! Pero si no lo ves, abuelo, no le digas nada. Un día de éstos vendrá y entonces... le reclamo.

También me ha dado por escribir las historias que me narrabas y que surgían, sin ton ni son, de tu fantásica cabecita. Les he cambiado algunas cosas y les he aumentado otras. Al leerse, suenan bien. Tienen lo que los críticos literarios suelen llamar: “Solidez”. Y sí, parece que me quedaron bien con los adornos esos que utilizan los escritores. Aunque ellos les llaman técnicas narrativas. Y como aseguran que las utilizo a la perfección, ya me llaman “maestro” y “señor escritor”. No les creo, abuelo. A mí, la mera verdad, me causa pena y hasta furor que me nombren así: después de todo, son tus cuentos. Otra noche, con más calma, te los leo. Y si mi capacidad de actuación me lo permite, los represento. Vas a ver qué bonitos quedaron.

En el periódico, abuelo, apareció una nota la semana pasada de un crítico muy importante en México y Latinoamé-

rica, llamado Emmanuel Cabello, quien dice que mis cuentos (o sea los tuyos) son de los mejores escritos en lengua castellana. Y que mis personajes, dentro de sus locuras, tienen las tres dimensiones necesarias para que sean personas de carne y hueso. A ver si otro día con más tiempo me lo explicas.

Ahora recuerdo que el día de tus funerales (¡hit! ¡hit!, ya se me cierran los ojos), recuerdo que el día de tus funerales se desató una lluvia tremenda, después de dejarte bien enterrado, pero tan terrible, que pensé que era tu venganza contra nosotros por tenerte el resto de tu vida en el olvido y por no haberte llorado. La verdad es que en ese momento crítico no sentíamos nada, abuelo. Así que no nos puedes culpar. En cambio tú sí que te excediste con la tormenta, por poco derrumbas la casa. Y si no era tu venganza, abuelo, de seguro el cielo lloró por ti, porque nosotros, ni antes ni después lo hicimos. Te digo que no nos nació el llanto ni sentíamos congoja, abuelo. Tal vez porque sabíamos que ibas a lugar seguro. Jodidos nosotros que tenemos que luchar a diario por vivir, con la delincuencia en aumento y con los precios altos. Si los criminales no te matan, ¡hit!, el gobierno termina matándote de hambre. Pero qué te cuento, abuelo, si tú ya no tienes esas preocupaciones. ¿No tienes preocupaciones, verdad abuelo? ¿Ni comes, verdad? Bueno, excepto en el día de muertos que Dios les da permiso a todos ustedes para que desayunen, almuercen y cenén, todo lo que les gustaba en vida: “¡Atásquense!”. Les ha de decir. Ya ves que él es muy “bueno”. Y cómo no va a ser bueno ese señor, ¡hit! ¡hit!, abuelo, si te permitió y hasta te ha de haber ayudado a salir de esa fosa de dos metros de hondo para que vinieras a visitarme. No lloré, pero sí sentí feo cuando te echaron todo ese montón de tierra encima. Y todo porque se me ocurrió pensar que de ahí ya no te salvaba nadie, que no

alcanzabas fianza... ¡Uy! Qué terregal pa ti solito. Imagínate, abuelo, tú que eras tan delgado y enclenque, y que con cualquier esfuerzo, ¡hit!, se te desmoronaban los huesos, ahora tienes que soportar semejante carga. En cambio en tus fotos de juventud, apareces como un militar fuerte y decidido a todo, y menos que se dejara mangonear y sobornar (se me siguen cerrando los ojos, ¡hit!). ¿En serio, eras insobornable? Porque ya de viejo, cualquiera te podía comprar, si te demostraban un poquito de afecto. Pero en fin, así son los ancianos de arrastrados.

Espero y vuelvas pronto. ¿Cómo viste a las plañideras que te contratamos para que lloraran en tu entierro? ¿Verdad que me perdonas, abuelo?, hit, hit, zzzzzzzzzzz...





*Del cuaderno de Gregory*

## Archivo muerto

—¡Abuelo, abuelo! —el niño cruzó la puerta del cuarto polvoriento donde se encontraba el viejo. Una luz mortecina le iluminaba el rostro marchito al anciano, llenándolo de vida artificial.

—Felices días, abuelito... Te traigo esto... —el niño buscó en las bolsas de su pantalón de pana y sacó un caramelo blanco derretido por el calor. Se lo colocó en los labios al anciano y dijo con cariño: “¡Chúpalo, abuelito!”, mientras se limpiaba los dedos en su chaqueta de cuero de color pardo. El viejo abandonado en un rincón de la casa, semejaba estar soldado al sillón de bejuco. ¿Desde cuándo el anciano no se levantaba de ahí? El niño no lo sabía. Era como si el abuelo hubiera nacido pegado al sillón, o como si se le hiciera difícil dejarlo. Siempre que llegaba a visitarlo, lo encontraba en la poltrona y en el mismo lugar: parecía un objeto antiguo, un despojo humano, sí, eso era el viejo Timoteo.

—¡Abuelo, abuelo!

Volvió a decirle el nieto, mientras se sentaba en sus rodillas débiles y lo sacudía como un muñeco entre sus pequeñas manos:

—¡Hazme caballito! Des- pier- ta... —le deletreó al oído.

El anciano continuó en silencio y permaneció estático en su pedestal de siempre.

—Si no quieres despertarte, abuelo, entonces mientras duermes, cuéntame la historia del caracolito que habita en el jardín de la casa, y cómo se salvó de morir aquella tarde de finales de agosto. Sí, abuelo Timo, cuéntame cómo esa tarde te divertías meciéndote en tu hamaca de henequén: la hamaca de hilos mágicos que colgabas del cielo. Nárrame cómo antes de bajarte de la hamaca se te iluminó la mente y pensaste que al bajar los pies podrías aplastar un caracol. Dime tu impresión al encontrarlo a tu merced. De ser el dueño de su vida y su libertad. Sí abuelo, vuélveme a relatar la historia de ese diminuto caracol café, y de ojos de antenas, que te quedó observando sorprendido, porque pensó que eras un cíclope sin corazón a punto de destriparlo: ¡así, duro, estrujarlo contra las piedras! Y que al ver que no lo hiciste, prosiguió su camino, lento y silencioso, descubriendo al mundo. Y que antes de perderse en el follaje te dijo: ¡gracias, abuelo!

Sí, sí, cuéntame la vida del caracol Reinaldo, pues tú lo bautizaste con mi nombre, dime, qué emoción...

El pequeño jaló del brazo a su abuelo y le volvió a rogar:

—¡Abuelo, abuelo, despierta! ¿Verdad que me la vas contar?

## VI Alta fidelidad

Cuando Manzi Gregory regresó a casa por la tarde, no tuvo que molestarse en abrir la puerta, estaba abierta de par en par.

La señora Clara, desde hacía treinta minutos, lo esperaba en el comedor. Se encontraba de buen ánimo y como vestida para una fiesta de cumpleaños. ¿Y no era así? En la mesa había dos copas de vino a medio llenar con sidra; un candelero de adorno, para el toque elitista, y el entrañable estofado de pato pekinés.

—¡Vientos, madre! —dijo Manzi, levantando los brazos—. ¿Qué celebramos hoy? ¿La venta de la patria o el primer aniversario del levantamiento zapatista? Cuéntame, que me emociono.

Doña Clara sonrió al escucharlo y al verlo aparecer, con su aire de fantasma juvenil, en el vano de la puerta. Trató de levantarse, pero pensó que su cojera iba a arruinar su figura de quinceañera. Y permaneció recostada en la silla, como si se hubiera desinflado en el momento más inoportuno.

—¡Cállate, niño! ¿Ya estás aquí?

Le preguntó al muchacho, como si no lo viera.

—No, madre... todavía vengo doblando la esquina.

—No te rías de tu madre, que no soy tu hermana —rumió doña Clara, pero se alegró porque vio cerca su desquite—. A ver, qué te parece esta frase que leí en tu cuaderno de apuntes, el otro día: “Oigo una voz y soy feliz...” Cursi, ¿no?

—Mamá, no empecemos... —le reprochó Gregory, sentándose a la mesa—. Es de mala educación que revises mis notas y mis cosas...

—¿Es tu novia? —preguntó doña Clara con cierta sorpresa.

—¿Quién, mamá? —Manzi miró hacia ambos lados, como si no entendiera la pregunta—. Vengo solo. Tú sabes que siempre he estado solo.

—Insistes en la burla... Pero yo te pregunto por ella, la mujer de la carta: Marta o Bertha ¿En realidad, cómo se llama?

—Se llama Bertha, mamá. Mi personaje se llama Bertha. Y entiéndelo, es un personaje de ficción que no tiene nada que ver con la realidad que vivo, ni con mis sentimientos.

—Pero en tu carta, la cosa está muy clara... Para mí, eso que escribiste es una declaración... ¡Anda tontito, dime!

Actuó doña Clara, como tratando de entenderlo, de enredarlo en los juegos de su memoria.

—Eso no es una carta, mamá, es un cuento. Pura ficción del lenguaje figurado. Nada de lo que ocurre allí, ni en mis otros apuntes, es cierto. Nada es cierto.

—¡Cuentos! Puros cuentos. Tu salida fácil, Manzi, tus sueños de siempre: nuestra vida disfrazada...

—Mamá, entiéndelo. Todo lo que a mí me sucede es una gran mentira. Todavía dudo que en este instante esté hablando contigo. Es como si tú y yo, madre e hijo, no existiéramos. Además, mi vida es un constante borrador...

—¿Te avergüenzas de mí, Manzi?

Gregory trató de escabullirse, de evaporarse... “Viajaba hacia ti, Bertha, volaba hacia tus pechos cálidos, deseaba llenarme de tu aroma de mujer bonita”. ¿Qué pretendía su

madre? ¿Por qué le hacía esas preguntas? ¿Por qué gozaba en lastimarlo? Se sirvió una copa de sidra y trató de ocultar su rostro de hombre en el cristal. ¿Tenía razón su madre? ¿Todavía era un niño? Bertha, algunas veces, le llamaba “niño”, siempre niño. Trató de evitar los ojos de su madre: ¿Eran de demonio o de verdugo? Le dolían los pies, el cuerpo, el alma. Esa alma que no quería tener y que para Manzi sólo era un estorbo. Una baratija sentimental, que sólo hacía difíciles las cosas. ¿Ya no pensaba en Bertha? Venía de recorrer la ciudad, de perderse en ella, de pasar inadvertido entre la multitud, de ser él solo. ¿Era el pretexto para verla? ¿De encontrarla oculta entre todas las mujeres? A veces escuchaba su voz en las rockolas: aprehendida en los discos compactos. Y cómo no, si Bertha era una artista del canto y del desnudo. Le fascinaba desnudarse mientras cantaba y bailaba, mientras enseñaba su cuerpo perfecto y su maravillosa hendidura, apenas separada por unas cuantas hormigas de vellos, casi imperceptibles a la vista, pero suaves al tacto. ¡Una maravilla!

Caminaba por las calles desiertas. Espiaba los bares. Entraba y salía de las tiendas. Revisaba los autos. Manzi escarbaba la ciudad, la hacía pedazos. Pero nunca trataba de agotarla...

Regresó a la mesa. En el reloj musical dieron las cinco de la tarde.

—Sin embargo, hijo, me preocupo por ti.

Dijo doña Clara, mientras lo veía con ojos de amor. Miró bajo la mesa y encontró el periódico que mantenía escondido, hacía rato, como una sorpresa. Con alegría, lo abrió en los anuncios clasificados:

“PEMPRESA DE RECIENTE CREACIÓN, SOLICITA VEINTE JÓVENES ENTRE 18 Y 30 AÑOS, PARA TRABAJO FÁCIL, NO SE NECESITA EXPERIENCIA. SUELDO

SEMANAL DE \$800 PESOS. GARANTIZADOS: INFORMES AL 00-22-34 CON LA SEÑORITA LAURA BEATRIZ ROJAS .”

—¿Qué te parece?, ieh!

—Mamá, perdóname, pero un trabajo es lo que menos necesito ahora. De todas maneras, gracias por preocuparte por mi futuro.

—Haz un esfuerzo, hijo. Trata de combinarlo con tus clases y tus inventos. ¿A poco no te parece un buen sueldo?, ieh!

Dijo con entusiasmo, doña Clara, de nuevo su muletilla: “ieh!”.

—Eso es ficción, madre... Vil ficción. Ni en el IFE pagan ese díneral a la semana, al menos que uno sea el Vocal Ejecutivo o que uno se desnude en algún bar.

Doña Clara se lo quedó viendo: de arriba a abajo, a todo lo ancho. Manzi estaba flaco (a lo mejor no poseía alguna gracia) pero algún trabajo podría desempeñar. “Entonces, qué esperaba este mentecato. ¿Qué lo siguiera manteniendo? Que continuara sentado allí en la silla, como un perfecto idiota creando sus cuentitos”. Pensó doña Clara, pero no lo dijo. Sólo se levantó de la silla y le reprochó al oído:

—Si eso es lo que deseas, sigue con tus cuentos y muérete de hambre hijo.

Pero Manzi no la oyó: sus pensamientos vagaban por la ciudad en la búsqueda de Bertha. Se paró de la silla, lento, satisfecho de sí mismo y se dirigió a su cuarto. Y repentinamente, tomó cuerpo lo que había estado pensando un momento antes: sintió un vehemente deseo irresistible, más intenso que sus temores, fuere donde fuere, de echarse en la poltrona y consagrarle el resto de la tarde a su amada Bertha.

*Del cuaderno de Gregory*

## Donde los sueños comienzan

Oigo una voz y soy feliz. Es ella. Ella que me habla con su voz melodiosa, pero parca (apenas si pronuncia mi nombre). Lentamente y ocultando mi desesperación por verla, la descubro junto a mí. Bertha es un prodigio. Casi tiemblo al observarla detenidamente y con deseos de condenado a cadena perpetua. Bertha esquiva mi mirada. La veo ausente y pertrechada en su mutismo. A veces noto que sus labios rojos, y finamente marcados, quisieran decir más cosas... pero se detiene y opta por callar. Por mi parte, intento controlar mi nerviosismo y también trato de no hacer o de decir una estupidez. Aunque pensándolo bien, me gustaría contarle que a menudo sueño con ella: al final logro ver su rostro, donde los sueños acaban. De paso decirle que ella es la mejor de todas y la que más me agrada. Pero al verla completa, majestuosa e imponente, no me atrevo: se me encoge el estómago y las malditas palabras no me ayudan. Después, como siempre, se aleja de mi vista. ¿De mi vida? Y antes de que desaparezca, imagino que de milagros está construido el universo.





## VII

### Diálogo y concertación

—Oye mamá, discúlpame que te hable, pero es que anoche tuve otra terrible pesadilla y tú no me despertaste como siempre en el momento y en la hora de mi muerte.

—Y ahora qué soñaste, Manzi.

—El sueño es medio raro. Pero si te lo cuento prométeme que no te vas a reír.

—Cómo crees, hijo. Jamás me burlaría de ti —asegura doña Clara con seriedad de candidato a un puesto, y jura ante el señor, para que no haya dudas—. Anda, cuéntame.

Manzi crispa las manos y dice titubeando:

—La verdad, no sé cómo empezar, mamá, pero recuerdo que estaba platicando con mi hermana en la puerta de una casa, que no es ésta.

—¿Cómo era la casa, hijo?

—No me interrumpas, mamá. Era una casa como cualquiera de las que por aquí abundan: de ladrillos sin repellar y techo de láminas de cinc.

Te digo que platicaba con mi hermana mayor: Cecilia. Recuerdo claramente que se llamaba Cecilia. No me acuerdo de qué platicábamos, cuando de pronto sentí que algo parecido a una culebra se amarraba a mi cintura.

—Dices, Manzi, que Cecilia era tu hermana mayor. ¿Tenías más hermanas?

—Mamá, no me interrumpas. Sólo dije que era mi hermana mayor, porque Cecilia era más grande que yo; es decir, tenía más edad. Y no sé si tenía más hermanas o hermanos.

—Parece que comiste gallo, hijo, no te enojés.

—Bien. Te digo que sentí que una cuerda se enrollaba en mi cintura y empezó a jalarme hacia arriba, rumbo al cielo.

—Tal vez Dios...

Se adelanta doña Clara, tratando de adivinar.

—Qué Dios, ni qué ocho cuartas; a como pude me agarré de la puerta y la imbécil de mi hermana, todavía riéndose, no hacía nada por ayudarme.

—¡Cecilia, le dije desesperado, vienen por mí los extraterrestres!

—¡Ja, ja!

Fue lo que contestó. Entonces, mami, sin conocerla mucho, ya la odiaba.

—¡Pinche Cecilia!, le grité a punto de soltarme de la puerta, ni viendo el maldito platillo te arrodillas.

—¿Y lo vio?

—Con la seguridad con que te lo cuento. Sólo al observar el plato de luces de colores, dando vueltas en el aire, corrí espantada como una idiota. Y la entiendo, pues ese objeto era impresionante. Lo que no acabo de entender es por qué no hizo el menor esfuerzo por salvarme. ¡Perra Cecilia! Estaba por sucumbir, cuando las láminas de cinc cortaron la cuerda: di el porrazo. Trastrabillando me encerré en la casa. Acurrucado en la cocina y con mi chihuahueño en brazos, permanecí en silencio y temblando.

—¿Y Cecilia?

—Ni sus luces. Nunca la volví a ver.

—Estuvo de película, Manzi.

—No, de película lo que sigue.

—¿Todavía hay más?

—Y mejor, mamá.

—A ver.

—Entonces se abrió la puerta que da a la calle, y...

—Apareció Cecilia.

—Ya te dije que a ella no la volví a ver. Ni la quiero ver en otro sueño. Murió, murió.

Lo que apareció en el umbral de la puerta fue el extraterrestre más absurdo, pero eficiente en su trabajo. Era un magnífico ejemplar de pulpo gigante, de color verde, que agitaba sus tentáculos como los cabellos de Medusa.

—¿Qué Medusa?

—Olvídalo, mamá. Yo me entiendo.

—¿Y?

—Entró achicando todos los espacios, todos los rincones. No dejaba algo al azar.

Decidí enfrentarme al extraterrestre. Pensé que si de todas maneras me iba a morir siendo esclavo en otro planeta, lo mejor sería morir peleando: como los héroes de las novelas románticas. Claro, antes de enfrentarme a una batalla desigual con el molusco, se me ocurrió entablar con él un diálogo de paz.

—¿Qué quie... res?

Le pregunté balbuceando. Se me doblaron los pies, pero permanecí firme. Me analizó con sus ojos redondos y rojos; de pies a cabeza. Hasta que por fin se animó a hablar:

—Tu perro.

Estiró sus tentáculos y se marchó llevándose a Homero.

—¡Ja, ja!

—¡Mamaaá!



*Del cuaderno de Gregory*

## Prometeo

Soy el Dios del Fuego, hijo del titán Yápeto y hermano de Atlas. Fui el guía de la primera civilización del mundo y de la última en el segundo milenio. Yo instruí a los mortales en el arte de vivir en los placeres de la lujuria, y a organizar, sin motivo alguno, fiestas interminables: y a mentir, mentir, mentir, porque la verdad no existe. Pero eso únicamente lo supo Zeus. Y contra él defendí a los hombres, porque Zeus *El Intolerable* quería destruirlos para crear una raza mejor.

Ahora estoy en el plano de mi cama y de mi encierro: abandonado y prometiendo un fuego que nunca ha de llegar.



## VIII

### Fondo profundo

**A** todos los hombres, de todas las razas y creencias, les ocurren acontecimientos comunes o paranormales: y de esos hechos verídicos, los pueblos crean sus mitos y leyendas.

La tierra está habitada también por brujas y trolls, de espíritus y demonios, de lloronas y dragones, de genios y gnomos, de espadas mágicas y tapetes flotantes, de monstruos: de dioses. La tierra está cubierta de magia.

En el hogar de la señora Clara, igual ocurrían sucesos extraños. De pronto, sin saber por qué, se escuchaban ruidos de agua hirviendo o el reventar de frituras. Era como si una persona inmaterial cocinara todo el tiempo. También se oían trastos de peltre y objetos de ornato que se estrellaban en las paredes. Sólo el “Ya dejen de estar chingando...” O el “Dejen de penar, ánimas hijas de su pinche madre”. “¿Eres tú, Herman? ¿Eres tú, abuelo?”. Los hacía calmarse. Esto pasaba seguido y dejaba de ser extraño.

Pero cierta noche (cuando Manzi Gregory tenía doce años), la madre llegó al dormitorio del niño. Doña Clara lo encontró profundamente dormido y agitando los brazos, como si fuera un “angelito” tratando de volar. ¿Qué soñaba Manzi? No sabía. El hecho es que imitaba el sonido es-

tridente de un carro en movimiento: “Run, run, run, run”. Doña Clara, con mucha cautela, para no despertarlo, le cerró la boca y le dijo cariñosa: “Duerme”. Manzi ya no realizó ningún otro movimiento.

Era increíble, cuando no era una cosa era otra... Manzi siempre hablaba o hacía cosas dormido; otras veces gritaba como si fuera un fugitivo. ¿De quién huía? ¿De él mismo? No había noche de pesadillas que no lo encontrara bajo la cama temblando de miedo.

Por lo pronto, el mal sueño no iniciaba. Doña Clara lo abrigó con una sábana suave y ligera. Cerró la puerta y salió. Después escuchó el carro de control remoto de Manzi que jugaba a las carreras, sin ley ni orden, por el cuarto. Doña Clara regresó a reprenderlo:

-¡Manzi, éstas no son horas...!

El niño continuaba dormido. Doña Clara, estupefacta, observó el carro de control remoto correr desesperado por el cuarto.

La madre buscó el control en las manos del muchacho y no lo halló. Inmediatamente aprehendió el juguete e intentó apagarlo: no pudo. Pretendió despojarlo de las pilas, pero el vehículo no poseía pilas. ¡Demonios! Dijo la señora Clara. Y el carro salió volando por la ventana.

\*\*\*

La mañana amaneció triste. Se respiraba el olor a tierra húmeda, a día inquietante. La tormenta había derrumbado hojas y desgajado ramas enteras. Un rayo había despedazado un árbol y la ardilla ya no tenía su madriguera. Los pájaros se habían marchado y hoy no se veían las mariposas.

Después de la media noche, y poco antes de la madrugada, la tormenta había caído terrible, severa. Parecía como si



la lluvia la hubieran arrojado a cubetazos o como con tambores de doscientos litros y sin descanso. Hasta que la tormenta cesó a las seis de la mañana.

Desde que inició la tempestad, doña Clara no durmió. No logró cerrar los ojos. Estuvo oyendo los destrozos y a los gatos que no dejaban descansar con los aberrantes maullidos que emitían durante el apareamiento.

Doña Clara pensaba en el carro de control remoto: “Era extraordinario que se moviera solo, y todavía más si no tenía baterías. Extraño o no, parece que el demonio se ha posesionado de la casa”.

A las siete de la mañana, doña Clara ya estaba de pie. Se desplazaba por el jardín a saltos cortos de duendecillo reumático. A como su pierna mala le permitía, sorteaba charcos y ramas destrozadas.

Con minuciosidad de perito hizo un recuento de los daños: destrucción total. En el jardín sólo ella quedaba en pie. Mientras seguía revisando, encontró lo que buscaba... Ahí tenía que estar, el cálculo era exacto: el juguete de control remoto estaba junto a las raíces del pequeño pino, que adornaba el frente de la ventana de Manzi.

El vehículo estaba destartado, como si le hubieran quitado las piezas una por una o como si lo hubieran diseccionado. Junto al carro descansaba una lámina de cinc, que el viento fuerte había traído.

“Pobre del que se quedó sin techo” -pensó doña Clara.

—¿Qué pasó, mamá? —preguntó Manzi.

—Nada, hijo, nada.

—Y mi carro, ¿qué hace aquí?

—No sé, Manzi, no sé cómo llegó hasta aquí.

—¡Pobre! —dijo Gregory—. Después de quedar así, tendrá que permanecer muerto mucho tiempo. Mamá, ¿tú qué harías si te quedaran diez minutos de vida?

—Nada, Manzi, nada...

—¿Por qué? —insistió el niño.

—Porque no tendría tiempo de hacer nada, hijo.

—¡Ah! —exclamó Gregory—. Es cierto.

Luego, llevados por un impulso, se abrazaron. Y bien juntos, madre e hijo caminaron tranquilamente por el tramo del jardín sorteando charcos y ramas destrozadas. Después entraron en la casa, como uno de esos vientecillos ligeros del otoño, que se filtran por las rendijas de la puerta.

\*\*\*

En el mes de septiembre cayeron fuertes lluvias. Las aguas rebasaron los puentes y los cerros en una sola noche: en el estado se instaló el Diluvio. Se inundaron las calles y se formaron ríos sin nombre que se llevaron las casas mal construidas de pobres y ricos. Por fin, el sueño alcanzado: ya todos los chiapanecos eran miserables.

Las cámaras de televisión recorrieron la zona de desastre: Tapachula, Escuintla, Huixtla... Toda la zona costera parecía azotada por el fin del mundo. El estado es una ruina: se acentúa el hambre milenaria, el olvido. La Declaración de la Selva Lacandona es una farsa y trampolín al estrellato.

Y ahora esto... Pero Chiapas persiste, no se hunde. No se derrumba, no se entrega a su derrota.

*Del cuaderno de Gregory*

## Poema con fondo

El mar se desbordó con la tormenta

Y vomitó esto:

Barcos

Inmensidades

Arenas

Náufragos

Caracoles

Riscos

Erizos

Tempestades

Medusas

Ahogados

Sales

Islas

Mareas

Sirenas

Fondos

Hundimientos

Gaviotas

Azules Ulises

Ballenas  
Dioses y negruras.

En esta hoja permanece el mar  
Y sus secretos.

## IX

### El bar El Renacimiento

El bar El Renacimiento se hallaba en la periferia de la ciudad a mediados de los años ochenta. Después Palenque fue creciendo, ensanchándose y las casas, carreteras y el concreto lo fueron cubriendo todo. El Renacimiento quedó en el centro de la ciudad y Palenque se volvió un desmadre, un caos total, una ciudad mal trazada y antimoral.

Desde las once de la mañana y en ocasiones menos, se veían a las sexoservidoras paseándose por la plaza principal y jardines menores. Se ofrecían sin recato alguno a los caminantes, y a los turistas de ocasión les prometían copulaciones fuera de serie y orgasmos múltiples alejados de todo provincianismo.

Pero la putería llegó a extremos exagerados, cuando las putitas decidieron mostrar su sexo al aire libre. Otras en cambio, las más tímidas, sólo se atrevían a enseñarle al observador indiscreto ese triángulo del amor a punto de reventar las pantaletas, hasta que la ciudad permanecía tranquila, después de las tres de la mañana.

Con el tiempo y la modernidad (que se aproximaba a pasos agigantados) también llegaron para quedarse los merolicos, los

payasos, los tragafuegos, los de la bolita, la banda, los fayuqueros y los niños de la calle. Todos conviviendo y trabajando los trescientos sesenta y cinco días del año con ánimos de fiesta.

Desde entonces en Palenque impera y sigue adelante la ley de la oferta y la demanda: “El que tenga que mantenga”. Reza el dicho popular. Pero este ambiente de circo no florece solo: le acompañan el alcohol, el thinner, el cemento, el resistol 5000, la marihuana, la cocaína y un sin fin de productos alucinógenos que sirven de medio para ver y platicar con Dios. Pero no hay de qué preocuparse, en Palenque, como en todo el mundo, la justicia sí se vende.

Yo no sé si fue Dios o el Diablo el que utilizó a un compañero de Manzi para recomendarle el lugar que iba a iniciarlo y a ordenarle la entrada al laberinto sin fin del eterno retorno y que se transformaría en su esclavitud y martirio.

El muy idiota lo había agarrado fumándose un cigarrillo, despreocupadamente, en el barandal de la facultad de letras. El sonsacador llegó con su airecito de conocedor del mundo y de soplón de primera. Sin más ni más le dijo:

—Me olvidaba, Manzi, de pasarte el dato...

—¿Cuál dato, Cristo Ángel? -le preguntó Manzi, mientras apagaba el cigarro en la baranda.

—Que en el Renacimiento acaban de meter el nuevo show del table dance.

—¿Qué diablos es eso? -volvió a preguntarle, pero antes tomó la pose del que es un completo ignorante de las cosas que ocurren en el mundo. Y el muy maldito en lugar de explicarle, sólo acertó a decir:

—Si no lo conoces, no conoces nada.

Este fue el principio de su entrada sin sospecha, ni las consecuencias de hasta dónde iba a terminar.

Una semana después, Manzi Gregory visitó El Renacimiento. Llegó tranquilo y consciente. Antes de instalarse en

la puerta, leyó el letrero de luz neón que decía: “UN LUGAR CON TRADICIÓN”. Y más abajo, otro letrero: “Se prohíbe la entrada a menores, uniformados y enfermos mentales”. ¿Con traición? ¿Contradicción? Desde que se plantó en la entrada, observó a una veintena de mujeres caminando casi desnudas, por todo el bar. Para él, esto era un milagro para los ojos. Había mujeres por todos lados: mujeres felices, mujeres sin preocupaciones... Pero todas de fuego. Candela pura, señores. Aquí cualquiera se hacía hombre. ¡Cabrón! Si era cierto eso del bailecito inmoral que incitaba y volvía loco a cualquiera, a los débiles de mente. Y cómo no, si ahí estaban de cuerpo presente esas mujeres divinas y de senos generosos que ofrecían un regalo para la vista. ¡Demonios!, quién iba a ser abstemio en ese rato; quién, díganme, quién se iba a resistir a no tomarse una copa o dos, o embrutecerse, mientras se observaba ese espectáculo de dioses.

Con mano temblorosa, Gregory llevó el vaso de whisky en las rocas a sus labios. Bebió y paladeó. Era un sabor agradable (el mismo cosquilleo que sentía de niño, cuando le robaba unos tragos a su padre), como un fuego que le recorría la lengua y la garganta. Luego ese calor volcánico permanecía depositado en sus costillas. “Fuego infernal (exclamó), pero aquí con sabor a nalgas de mujer”.

Por ahora, sólo se encontraba medio ebrio. Estaba cansado. Imaginaba ver las sillas volando por encima de las mesas. ¿Estaba él flotando? ¿Podría Gregory burlar la ley de la gravedad? Continuaba en su mesa. Aunque todo le daba vueltas, iniciaba a sentirse fuerte y atractivo: extraño sentimiento. ¿Pero a poco no se siente chingón, creerse de vez en cuando el niño maravilla?

Esa noche conoció a Bertha: era una mujer hermosa, guera, provocativa y depredadora. De cabellos que le caían en cascada sobre los senos y amarillos como los girasoles pintados por Van Gogh. Tenía los labios delgados y sensuales,

era poseedora de unas piernas perfectas y una grupa impresionante. “Qué nalgoteo”. Pensó Gregory. Bertha era una mujer hecha para el amor.

Manzi Gregory no se enteró a qué horas esta beldad, con un abrir de piernas insuperables, se plantó ante él. Pero ahí estaba. Le solicitó un cigarro al tiempo que le decía algunas cosas calientes al oído. Las frases hicieron revivir a Manzi, que sintió como si regresara de un sueño, y que al volver se hubiera traído consigo a Bertha.

Los dos se conocieron y bailaron hasta el amanecer. Hasta el instante en que un maldito padrote y envidioso trató de arrebatarla. Aquella madrugada, por primera y única vez, Manzi luchó por una mujer, que aunque cualquiera, no era una mujer cualquiera. Bertha era la que más y la mejor que había conocido... Además le había proporcionado un beso caliente, y sin conocerlo se había fijado en él. Manzi combatió como un bull terrier: se había comportado feroz, terrible, implacable y certero con sus puños. Sabía que no podía perder y menos estando Bertha a su izquierda, azuzándolo y prometiéndole, si triunfaba, placeres desconocidos. Y Manzi logró ganar, las promesas de amor surtieron efecto. “Pero no se fue limpio —contaba exagerando el adversario—. Se llevó un patadón en los huevos que lo hicieron revolcarse de dolor”. Todavía a las once de la mañana, del día siguiente, tirado sobre su cama, Manzi se tallaba los testículos y se apretaba el abdomen tratando de calmar las punzadas del recuerdo. Continuaba sufriendo los estragos de la resaca y sentía como si hubiera fornicado toda la noche. Pero a pesar de la dicha pasajera, Manzi atinó a recordar que había conocido a una mujer venida de otro mundo.



*Del cuaderno de Gregory*

## El perro amor

El amor entra por los ojos  
Danza en las pupilas:  
Es alegría  
Dan ganas de correr  
Como un perro acabado de soltar  
Dan ganas de morder de mascar  
De menear la cola y tener  
Como recompensa una palmada en el hocico  
El amor es triste cuando se va  
Cuando no se ha gozado a plenitud  
Cuando no se ha tenido entonces dan ganas  
De romperle la madre  
Al que nos ha robado el amor



## X Consulta

“¿Quién soy? ¿Dónde estoy? ¿Qué me dieron?”. Piensa Manzi, mientras mantiene la cabeza sumida en el retrete de porcelana negra, marca Orión. Lleva dos horas vomitando baba y jugos gástricos, con intervalos de quince minutos. Permanece medio desnudo (lleva unos bóxer con estampado de bolitas negras), y del esfuerzo le lloran los ojos.

“Me llamo Manzi. Estoy arrojando en la taza del baño de mi casa y por lo que deduzco -tiene unos golpes contusos, en brazos y rostro-, me sirvieron alcohol del 96° y una paliza”.

¿No recuerda nada o se está haciendo? Sea lo que sea... parece un animal herido: “¡Juu, juu, juuu! ¡Bruu, bruu, bruuu!” Retira la cabeza y suspira hondo, fuerte, como si tratara de convocar los recuerdos. Cero... En su cerebro no existe ni la menor imagen de lo ocurrido anoche en el bar El Renacimiento.

—¡Tonto! -escucha una voz de mujer al otro lado de la puerta. Es doña Clara, que lo ha oído vomitar—. Manzi, no aprendiste nada de tu padre.

La voz de su madre se aleja, se pierde entre los laberintos de la casa. “¡No aprendiste nada de tu padre!”. Imita Manzi. ¿Pero en este instante de sufrimiento, a quién carajos le importa eso? A nadie, ni a él mismo. Lo que interesa es sanar, sentirse bien:

echar fuera toda la mierda que se tragó. Y recordar... ¿Pero qué?, cuando no se tiene nada en la memoria, ni en los bolsillos. “Estás fuera, Manzi, te lo gastaste todo, ¿o lo perdí?”. Dice en voz alta. Se excusa imaginando que lo asaltaron, o que estuvo así de corto, de sufrir un secuestro exprés. Menos sabe cómo llegó a su casa: “El que no sabe, es como el que no ve”. Le duele el esqueleto y la conciencia. Su alma es una lлага y no sabe dónde poner el dedo. Todo él es una herida abierta.

Termina con el rostro bañado en lágrimas. Y al menos, por ahora, se retira a su cuarto en un intento de encontrar el sueño.

Pero al tercer día, después de darle vueltas al asunto, consigue esto: ¡Dios!, siento el universo funcionar perfectamente, pero todavía sigo encerrado dentro de mí. Disculpa que en casos urgentes, como éste, me acuerde y crea en ti, pero es que desde hace tres noches sufro de un extraño sentimiento: que me hace escuchar a Wolfgang Amadeus Mozart, a Bach y a toda la música clásica que está a mi alcance. Luego me da por oír piezas instrumentales (*La chica de Ipanema*), y me veo volar y vuelo. Me levanto sobre mi propio destino, y me desbordo y me lleno de todo eso que es el mundo. Este mundo que para mí es horrible y hoy lo observo con otros ojos. Extraña visión la mía, señor: el universo es uno. Soy tan feliz, que pienso que la escuela embrutece, la vagancia ilustra y los hongos alucinógenos embellecen todo. Ha llegado mi hora... Los años me alcanzaron...

Cristo, también me da por indagar las notas y sentir la música, y de nuevo vibro y pienso en esa bailarina rubia, natural o no, de cabello largo y brillante. De pensamiento ágil y sensible (así lo parece, Divino Cordero). Y otra vez vuelo y llego hasta ella y empiezo a esculpir, a redondear su cuerpo perfecto. Así... hasta que ella cobre vida.

Sagrado Corazón, no sé qué me pasa. Dime lo que tengo. ¿Verdad que lo sabes todo?

*Del cuaderno de Gregory*

## Sino

**H**ubo una vez, sobre la tierra, un hombre de más de dos metros de altura, nacido en Cartago. Su cabello era lacio y abundante, y al sol, resplandecía como sus ojos. Era de carácter enérgico e intrépido.

De niño siempre soñó con viajes y conquistas, y de adulto los realizó: atravesó Las Galias, Los Alpes y cruzó desiertos a lomo de elefantes, combatiendo contra la sed y el cansancio. Varias veces salvó la vida: en un bosque de coníferas mató a un oso y se salvó de quedar sepultado en vida, por un alud en el Monte Blanco.

Jamás se rindió ante nada, ni ante nadie... Como un perro defendió a su patria, y mató, sin remordimiento alguno, a más de mil romanos en las Guerras Púnicas. Pero ni sus mañas de zorro, ni su corpulencia de mastodonte, lo libraron de los encantos de una ramera.



## XI

### El cumpleaños de Bertha

—Allí donde la ven, tiene catorce años. Y continúa creciendo como una gallina de granja.

—Perfecta...

—Sublime.

—Sollenca...

En la cuadra y en el barrio, los jóvenes inexpertos y los adultos voraces veían a Bertha como un panquecito con mantequilla. Le gritaban “bomboncito”, por aquí, y “pimpollo”, por allá.

No sé si Bertha venía con una pasión innata por el amor al prójimo o traía una gran urgencia por entregarse, ya que a la menor provocación, o piropo, a nadie le negaba el saludo o veinte minutos de conversaciones: aunque los diálogos fueran sobrellevados con idioteces:

—Bomboncito ¡mirada de idiota—, ¿cómo te llamas?

Y Bertha respondiendo con voz de Titina:

—¡Ya lo sabes...! —y preguntando—. ¿Y tú?

Y enseguida la lista de nombres:

—Samuel, Reyes, Nehemías, Job, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Daniel, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Hageo, Zacarías y Malaquías...

—¿A qué horas sales al pan?

- A esta hora.
- ¿Cuántos años tienes?
- Todavía soy una niña.
- ¿Tienes novio?
- Amigos.
- ¿Estudias?
- Voy a la escuela.
- ¿A cuál?
- A la Niños Héroes.
- ¿Dónde vives?
- Enfrente.
- ¿Vas a salir mañana?
- Tal vez...

“Siempre es la misma función, el mismo espectador...” Era como escuchar una y otra vez, en un concierto interminable, el mismo tema de los Héroes del Silencio. ¿Por qué todos preguntaban lo mismo? ¿Acaso no sabían cómo enamorar a una mujer? Sí que es difícil ser original.

“Tan grandes y tan pendejos -a espalda, calificaba Bertha a la cadena de inútiles que desaparecían de su vista como flotando sobre el pavimento-. Nunca aprenderán”.

Es en serio y cierto lo que afirmo: Bertha desde sus catorce años ya era maravillosa, y no menos de lo que es ahora: ya era dueña de esas piernas increíbles y de sus senos firmes y enormes, coronados con un par de pezones rosados, que respondían erectos y enojados como perros de pelea.

Su anatomía era exacta, justa, y no me canso de describirla y enumerarla sin importarme el orden por donde empiece: por el perfil que se le mire, ella es un sueño. Su cabello dorado, sus ojos de amante insatisfecha y su boquita de “Quiero más”, y uno con su cara de sorpresa: “Más... ¡Ay, Dios!”. Y hasta la ropa interior. Sus calzoncitos de algodón



(ahora convertidos en tangas multicolores y elásticas) ya los usaba bien puestos.

Pero antes de ser La Mujer Maravilla, u otra heroína de los comics, Bertha de niña era tan flaca como un fideo. Y aunque ya poseía gracia, nadie, ni su padre, que era un buen observador de niñas que prometen, podía imaginarse que, mucho tiempo después, la debilucha Bertha sería una devastadora de ilusiones y enterradora de hombres. Y menos prever que su cuerpecito sería mágico y sus caderas poderosas. Y ya convertida en un glamour, que sería examinada a todo lo ancho en una pasarela.

Pero las mujeres (niñas o adultas, decentes o indecentes), que tienen la capacidad de ver el futuro, y de prever hasta lo imprevisible, desde entonces ya la odiaban, aunque no sabían por qué.

En la primera oportunidad, sus amiguitas de danza contemporánea la apodaron *Carrizo de Bambú*. Pero si de veras la querían hacer enojar, hasta el grado de enloquecerla, sólo tenían que llamarla con cariño: *Fideito Parado*. Este sobrenombre a Bertha la encendía como hojarasca. Se ponía roja, roja, y le lloraban los ojos. Después, todo le valía una mierda. “¡Se acabó -exclamaba en lo último de su paciencia-, se los advertí!”. En su coraje, ni el maestro lograba detenerla, ni calmarla: “Las mato hoy y las entierro mañana, porque al tercer día ya apestan”. A golpes y a mentadas de madre, Bertha se defendía. “Se los advertí”.

Aunque el peor sobrenombre que haya tenido Bertha no lo cogió en la calle, ni en la escuela, sino que se lo adjudicaron en su casa: “Bichi por aquí, Bichi por allá”. Pero lo fatal era que se tenía que aguantar: “¡Cabrones, compararla a una con un bicho!”. Pero qué tal cuando de sopetón le vino el desarrollo. Y cubrió sus huesos frágiles con carne de primera y bien despachada: Bertha daba la impresión de ser un T-

bone andando. Fue entonces cuando los sueños de la familia empezaron a estirarse como una liga:

- a. Se veían, gracias a Bertha, como una familia millonaria.
- b. La imaginaron como una famosa bailarina de danza contemporánea, al cumplir los dieciocho años.
- c. A sus veinte años y completamente virgen, asistieron a su boda en catedral con un millonario.
- d. Le construyeron una mansión y se fueron a vivir con ella.

La residencia tenía todos los servicios: su alberca como un lago, luz solar, una cochera amplia para cinco automóviles: cuatro de menor categoría y el mercedes de lujo. Y un jardín lleno de flores y pasto sembrado de a diez dólares el metro (la hacienda se llamaría Quinta Bertha).

Y como a Bertha no le agradan los niños y sí los perros, alegrarían sus tardes de aburrimiento dos French Poodle Mini Toy. Y cuando ni los dos diminutos canes la hicieran feliz, entonces saldría de compras a los centros comerciales, pues al cabo ya tenía dinero para comprarse el mundo y para curarse las depresiones...

Pero nada de esto sucedió, ni jamás sería cierto. Bertha a los dieciocho años, con toda su gracia y su belleza en aumento, festejaba su cumpleaños bailando desnuda en el bar El Renacimiento.

*Del cuaderno de Gregory*

## Ser o no ser

Frente al espejo, sigo con sumo cuidado las líneas de mi rostro. Y me da temor imaginar que puedo ser un humano.



## XII

### Baila contemporánea mía

¿Has ganado tranquilidad? ¿Bertha te ha dado una esperanza? ¿Acaso debes sentir miedo? ¿Debes temerle a ella?

Estando en su camerino te dijo: “Está bien, Manzi, me defendiste... Pero no puedo aceptar que me ames (puso énfasis en ames). Los hombres no son capaces de dar amor, sólo dinero y si lo tienen. Y tú todavía eres un niño, Manzi: ¡Imagínate! No puedes quererme sólo por escribirme poemas y por pensar en mí las veinticuatro horas del día, y menos por desearme en las formas con que tú lo haces”. “Pero, Bertha”, interrumpiste. Te cubrió la boca y dijo: “No insistas. Haz un análisis de tus sentimientos y verás que no me amas. Sólo apeteces mi cuerpo”. Manzi, te dio rabia que no creyera en tí, ni en tus sentimientos, y más coraje te daba cuando se llenaba la boca diciendo que sólo apetecías su cuerpo una y otra vez y te observaba con picardía y arqueaba las cejas, luego te daba la espalda y con sus dedos apretaba su estrecha cintura y volvía a preguntar: “¿Verdad que te gusta mi cuerpo?”. ¿Estabas convencido de que era eso? Titubeaste. No supiste qué decir. Intentaste balbucear algo trillado. No, no es tu cuerpo. Es tu inteligencia, lo que llevas dentro. Y todavía hasta pensaste hacer el ridículo,

tratando de explicarle que ella era más mujer que todas y aún más, con la exageración esa, de compararla con la gracia y elegancia de una gatita de angora. Pero no permitiste que tu lengua hablara: ¡Bien hecho, Manzi! En cambio inclinaste la cabeza y con humildad admitiste el “todavía eres un niño, Manzi”. Y aceptar: “Pero no te aflijas, bebé, te regalaré mis pantaletas”. Casi reventas de felicidad al estrechar entre tus manos esa diminuta prenda roja, que momentos antes estaba entre sus nalgas, dividiéndola simétricamente en dos. Ninguna mujer se desprende de su calzón, así nada más porque sí, enfrente de uno. ¿Todavía crees que este obsequio es para ti una esperanza? Sentiste el impulso de besarla, de morderla. De estrechar su cuerpo contra el tuyo y la pared. De suspenderla y penetrarla. Fue un pensamiento rápido: raro relámpago en la mente. No lo hiciste, algo te detuvo: ¿De hacerlo, sería aceptar que la deseabas? ¿Y no era cierto? Sí, sí era cierto. Pero con las mujeres, por muy de la calle que parezcan, hay que llevársela calmada... Recordaste que también sienten y que no son objetos del deseo... Sobre todo, a Bertha tenías que darle por el lado de lo romántico y lo intentaste: los poemas eran románticos pero no efectivos. A Bertha no la deslumbraron. Los versos estaban plagados de cursilerías que sólo un hombre enamorado puede decir, y que las mujeres decentes y arrabaleras no entienden. Así no llegarás muy lejos, Manzi. Tal vez si manejaras un deportivo o un clásico o uno de lujo, como el de Filiberto Remigio, con semejante Mercedes hasta la más dura se derrite. Pero no lo tienes y con tristeza, mientras te llevas una copa a los labios, y estiras los pies en la pasarela, observas cómo el rostro de una mujer hermosa se ilumina y desaparece.

“Cuando voy al bar, me gusta espiarla y contemplarla: Realmente Bertha desnuda es muy hermosa. Antes pensaba que las mujeres vestidas eran las más bonitas, pero no. Nada

se compara al recorrer esos cuerpos desnudos: monumentos vivientes. Bertha, mi Bertha, cuando bailas, la sensación que me da es que sólo lo haces para mí, para tu hombre. Sales a regalar tu arte animada por tus amigas y por el imbécil presentador: Y con ustedes, la devoradora de pingas, Bertha. Mientras yo espero ansioso. Vienes con la mirada fija en tu objetivo: el tubo metálico donde haces tus suertes de trapecista, y que parece una extensión más de tu cuerpo. Tu agilidad es increíble, mujer de elástico. Descubres que te observo, que te sigo... Para provocarme más, te muerdes los senos y los lames con tus labios. Ya después, para volverme loco, abrirás con los dedos tu vagina. Estiras las manos; te abres de piernas. En ocasiones saltas y al descender, te colocas de rodillas en la duela. ¡Aaah!, es desquiciante tu hendidura henchida de gusto: Papaya cubierta de vellos rubios, y al abrirla, con los dedos índice y el medio, comestible sandía roja. Bertha, en esa posición el objeto alcanza su más hechicero esplendor.

“Hoy me irritó encontrarla con ese maldito de Filiberito Remigio. Se divertían. Se nota que tiene dinero y buena labia. Las carcajadas de Bertha lastimaban mis oídos: eran como un estigma para el alma. Él le metía la mano derecha en su calzón, como si hubiera perdido algo y en ocasiones seguidas le mordía el cuello. Bertha se limitaba a complacerlo. Los vasos de coñac se estrellaban en sus manos, y esto a Bertha la hacía más feliz y más odiosa ante mis ojos. Sobre todo, cuando lo miraba con ojos de puta y lo besaba y acariciaba (me duele admitirlo) siéndolo. Si hay algo que Bertha sabe hacer muy bien es eso, amar por dinero. Tener orgasmos de cien y de doscientos dólares: hasta que pierde los sentidos. No tengo celos, tampoco la calumnio, pero es que no puedo olvidar los instantes de sus juegos y escarceos, ni sus fugaces momentos de alegrías compradas.

Tampoco haré una estupidez irremediable como la del otro día. Menos me pelearé con el primer pendejo que se me pare enfrente, sólo por tocarle las nalgas sin su permiso. Quizás a esta mujer, venida de Sodoma y Gomorra, la perdone Dios, porque al fin y al cabo ella es irresistible”.



*Del cuaderno de Gregory*

## El día que me dejaste solo

**A**yer apareciste como entre sueños. Venías a mi encuentro con tu aire de mujer perfecta y tu sonrisa pícaro. Con toda prisa buscabas en tu bolso, imitación de piel de jirafa, brillo indeleble para tus labios. Después sacaste la llave de la vecindad que abriría, por un instante, las puertas de la felicidad repentina. Caminé a tu lado por un largo pasillo cubierto en mosaicos blancos y negros, que semejaban un tablero de ajedrez: ¿Nos jugaríamos la vida? ¿Apostaríamos algo? ¿Lucharíamos por un gran amor? Nunca lo supimos. Sobre todo porque hace cinco días asesinaste, con una mirada certera y una negativa de cabeza, mis ilusiones. No me diste una esperanza y ese día nefasto me sorprendió la madrugada perdido en la borrachera: ¡Carajo! Qué mal me sentí al otro día de la borrasca. No quería saber nada ni de ti... ni de ese maldito bar ni de tu amante: hasta que se me pasó el berrinche y te volví a buscar. Y cómo no te iba a buscar si me hacías falta. Y ahí estaba otra vez junto contigo, en nuestra cita, y yo como siempre atenido a algo: habría sido una bestia de no haberte acompañado. No podía darme el lujo de perder el placer de estar a tu lado. De rozar tu cuerpo, sentir la suavidad de tu piel, de escurrirme

por tus muslos, de morder tus labios y socavar la profundidad de tu mirada (imagino lo que sería sopesar tus pechitos o pechotes, en este instante en que los nombro). No sabes el esfuerzo que realicé para no abrazarte. Para no llenarme con un suspiro de tu aliento. Pero me detuve. Qué más podría hacer un tipo como yo... Cucaracha ilusionada. Iba tan contento aquel crepúsculo del verano del 92, sintiéndome hombre, bajo un sol brillante a punto de morir. Y el que murió, falleció y fue enterrado en vida fui yo. Sobre todo cuando te pusiste chocante, inaccesible y a hacerle a la bailarina consagrada y a decirme hasta el cansancio: “soy mucha mujer para ti, jamás viviremos juntos”.

H

U

N

D

I

D

O y llorando es-

cribo tu frase célebre.

## XIII

### El destino

“Eres la mujer más parecida a la eternidad”. Le aseguró Petronio Petrovich a Torcuata Lucas el día de la boda. Ella le agradeció el cumplido con un beso y él intentaba resumir su felicidad con frases tomadas al vuelo: “Eres un ángel caído del cielo”; “me haces el hombre más feliz”; “quién sabe qué sería de mí si no te hubieras casado conmigo...” Y así una retahíla de lugares comunes: alguna vez los habrás dicho, amable lector... ¿Lo recuerdas? Seguro que fue también en el día de tu boda.

Un ángel caído del cielo: eso exactamente parecía Torcuata Lucas con su vestido de novia, una virgen: sus manos siempre en posición de caridad, su cuerpo frágil, para remontar grandes alturas, y su rostro de inocencia. Todos apostaron a que su felicidad sería eterna, así nada más, con sólo un adjetivo: eterna. Pero nadie vio la nube negra, preñada en sangre que se depositaba sobre sus cabezas el día de ayer.

“Me haces el hombre más feliz... mentira, mentira...” Le gritaba Petronio Petrovich a Torcuata Lucas, mientras la mataba a golpes. “Feliz a ese maldito que cuelga de la viga, feliz a esa picha vigorosa y mutilada. Cabrona, hiciste de mi vida un juego de azar. Quién sabe qué será de mí...”

Luego el hombre no escapó. Permaneció sobre el cadáver destrozado llorando su desgracia.



*Del cuaderno de Gregory*

## Voy a apagar la luz...

**A**hora sé por qué estoy aquí, en este valle de lágrimas, en este mundo de mierda y desamor. Ahora sé para qué vine al mundo, en un día como hoy de sol brillante, pero triste. Estoy aquí para decirte, Bertha, que te amo, sólo eso: y para pegarme un tiro en este día lleno de sol y de rencores.



## XIV

### Horror a la vida, horror a sí mismo

S abes, Manzi, en esta época, salir a la calle es un martirio. No acabas de colocar los pies en la puerta, cuando ya tienes un andrajoso extendiéndote la mano y así obtener una limosna. Intentas no verlo, de sacarle la vuelta... Pero él te observa y te sigue lastimero. Te jala la camisa, te volteas enojado, y con voz de súplica te dice: “Me regala una moneda, señor”. Lo ves, ¿verdad que parece un animal abandonado? Pero si es el mismo pordiosero de siempre, y la misma receta de hace seis meses. Te enojas todavía más, pues piensas que te quiere ver la cara de idiota. Pero no le dices, te aguantas. Le aseguras que al regreso te conmoverá su dolor y sin otra explicación desapareces. ¿Será la época o todas las estaciones son iguales...? ¿O todos los hombres son unos pordioseros? Tu dolor a nadie le interesa.

Das otro paso y uno más, corres huyendo de la humanidad. Te detienes un momento, ves una montaña de basura y te lastima, te duele y casi te provoca llanto un perro olvidado que descansa sobre los restos de un guajolote muerto. Te acercas a él. Al perro se le cuentan las costillas y está sarnoso. Por la falta de pelo y las arrugas en la piel, parece una mezcla de hiena y xoloitzcuintle. El mundo lo espanta.

Se aleja de tí asustado, como si fueras un carroñero que le arrebatara los restos de comida. Te alejas para que regrese por los últimos restos del ave descompuesta. Sigues observando el paraíso devastado: a tu lado pasan una variedad de hombres semejantes a tí que son vomitados a las calles por error. Mientras te alejas de todos, vas pensando que Kierkegaard era un chingón.



*Del cuaderno de Gregory*

## Si te vas a volar, pues te vas a volar

**S**on las diez de la noche y estoy cansado: el dolor me oprime el pecho y la canícula el cerebro. Estoy aburrido de no dormir y de permanecer noche anoche, acostado bocabajo y con la cara entre las manos.

¡Maldita! Tú no estás, nunca has venido. Pero no te apures, en realidad hoy te seré infiel: esta noche, al punto de las veinticuatro horas, completamente desnudo, esperaré a las musas.



## XV

### La vida en los libros

La lucecita amarillenta parecía un corazón latiendo en la ventana. Eran las tres de la mañana y Manzi continuaba entregado al ritual mágico de la lectura. Estaba concentrado en ello; hasta se le había olvidado que desde las diez de la noche no había logrado dormir, pensando en el paradero de Bertha, y ahora que iniciaba a bostezar, ya no pretendía hacerlo (se había abstraído de su insomnio). A través de la ventana de su cuarto, la lucecita amarillenta, a punto de extinguirse, lo auxiliaba en la lectura de sus autores preferidos... Para Manzi era un placer degustar cada uno de los libros que caían en sus manos: Manzi era un lector hedonista. Si el libro no lo atrapaba desde la primera frase, Manzi, a partir de ese momento, no se molestaba en hojearlo. Para él, el libro tenía la obligación de sentar al lector, someterlo y sumergirlo en la profundidad de las letras.

A veces llegó a pensar que estaba influenciado por los libros, y que su estilo de vida se lo debía a ellos: “Es como si los libros contaran un fragmento de mi historia”. Creía tener la aparente locura de Dostoievski, las insinuaciones de Flaubert, la doble personalidad de Stevenson, el refinamiento y el humor de Wilde, pero sin caer en la sodomía (sería horri-

ble sentirse partido en dos), el alma atormentada de Poe y, aunque lo atemorizaba, la pasión por el terror cósmico de H. P. Lovecraft. Así como el sadismo (aplicado a su propia persona) del divino Marqués. Pero sobre todos ellos, odiaba y admiraba al mismo tiempo a Rulfo. Este autor lo inquietaba y lo hacía sentir que algún día pasaría a formar parte de esa dimensión maravillosa e hiperbólica que poseen los muertos. “Es un milagro que los muertos hablen, que se cuenten unos a otros, y que narren, con gran vitalidad, la historia de sus vidas. ¿Y por qué no?, acompañarlos en sus correrías, y saber qué hacen ahora en su nuevo estado: ¿Siempre están en el mismo lugar? ¿Comen? ¿Son libres? Y si es cierto que se divierten espantando a los caminantes del mediodía o de la noche. Por mi parte, yo los llevaría a descubrir el lugar de mi nacimiento”.

Había finalizado de leer y sentía deseos irresistibles de escribir. Manzi se había contagiado por la historia truculenta de la novela en turno, y mantenía los ojos perdidos en el papel. Aún no se había despojado de los *jeans* ni la camiseta, y el bolígrafo, aprisionado, temblaba entre sus dedos. Se mordía la lengua, se apretaba la frente y sudaba sin proponérselo. Se notaba la impotencia y su deseo de contar su verdad o de mentir aunque fuera lo más mínimo: era una sensación lastimosa y cómica a la vez. Estaba en lo cierto... jamás escribiría un libro de cuentos si continuaba vestido. Realmente la vestimenta le estorbaba, lo aprisionaba y le detenía las manos.

Sin apartar los ojos del papel, se limitó, con un movimiento autoritario y brusco de las manos, a deshacerse de sus ropas. Las amontonó bajo sus pies y con ayuda del bolígrafo escribió su primera frase. Luego otra y una más... Era como si el bolígrafo cobrara vida entre sus dedos: se apartaba de la hoja, se unía con fuerza, corría y continua-

mente se desbocaba. Otra vez iniciaba lento y enseguida agarraba vuelo. Todo aparecía sin pensar: frases, metáforas, comparaciones, descripciones y personajes de carne y hueso: trabajaba sobre la vida, y sus cuentos se aferraban a su realidad. Lo más importante para Manzi era la verdad que contaba: su verdad. En cambio la mentira no le interesaba, o sólo rara vez. Puso énfasis en “Corres hacia el vacío”. Sí, esa era la entonación que deseaba darle a la primera frase. Pero lo curioso era el tipo de adjetivos y la naturaleza del conjunto de palabras empleadas en sus escritos: en algunos casos eran acertadas y en otros la arbitrariedad no tenía límites. El mérito de Manzi es que era un volcán de historias en erupción cuando se lo proponía. Podía escribir mañana, tarde y noche tan sólo con permanecer desnudo. De vez en cuando paraba de caligrafiar, para percatarse de la hora y beber un poco de agua. Ya para finalizar, apartaba las manos de la hoja y juntaba las cuartillas. Y observando el cuadro de Van Gogh, *Los comedores de patatas*, resumía: “Para el arte no existe el tiempo”.



*Del cuaderno de Gregory*

Ya no hay cambios ahora,  
Ni ciclos de primavera, otoño,  
Invierno, ni una isla de verano  
Perpetuo; ella se llevó el tiempo  
Consigo; ningún clima, ningún  
Calendario, salvo este espléndido día.

*DEREK WALCOTT*

## Solamente una vez

Y Bertha me dijo que para encontrarnos era chico el mundo:  
y desde entonces no la hallo.





## XVI Autorretrato

Últimamente me he sentido enfermo. He estado tosiendo mucho y no tengo fuerzas para sostener el pincel. También he sufrido alucinaciones inenarrables: Imágenes fantasmagóricas me persiguen y no me dejan descansar, ni dormir, ni imaginar. Pienso en mi cuadro Los Comedores de Patatas: ...he querido reflejar la idea de que estas personas que comen patatas bajo la lámpara metiendo las manos en el plato, con esas mismas manos han trabajado la tierra. He tratado que de este modo mi cuadro exalte el trabajo manual y el alimento tan honestamente ganado. Permanezco con el rostro salvaje, alargado, la frente plana y los labios delgados. Mi nariz es afilada, mi barba, mis bigotes, mis cejas y mis cabellos cortados a rapa, son rojos como el fuego. Sólo tengo una oreja, la derecha. Estoy atrapado entre colores claros y muy oscuros, y pastosos que me proporcionan un carácter sólido y violento. El color verde, que plaga el cuadro, contrasta con mi camisa de algodón blanca, y mi chaqueta y gabardina (ambas oscuras) de fieltro. Con la mirada de ermitaño te observo.

¿Esto estaría pensando el gran pintor holandés, cuando pintó su cuadro? Manzi dejó de apreciar el Autorretrato de

Van Gogh, colgado aún lado de la ventana de su cuarto, y permaneció quieto y sin imaginarse más palabras. Pero continuaba atrapando los últimos rayos solares a través de la ventana. “En las noches, es terrible ese temor a los rincones, a las grietas de las paredes, a los empalmes de puertas y ventanas y a todo objeto mal colocado. A veces se oyen ruidos débiles, como quejidos: ¿Qué sería? Parecen susurros que inexplicablemente van creciendo. Hasta que el estridente sonido taladra la cabeza y se vuelve insoportable... Pero ahí no para la cosa, los duendes suelen ser traviesos. Se pasan la vida escondiéndonos las cosas, y en la búsqueda de ellas deambula uno como loco: ¡Maldita sea! ¿Dónde está el bolígrafo, mis calcetines, el peine, el espejo? Con la prisa que llevo... Después el procedimiento que hay que llevar a cabo, para que te devuelvan los objetos perdidos: hay que ponerles cigarritos (donde los encuentren estos niños tiranos), para que fumen estos perversos hasta el cansancio. O de plano, dejarles media botellita de mezcal para que reboten de borrachos y devuelvan a su lugar los objetos extraviados. Son horribles los rincones y todo espacio inescrutable”.

El interior del cuarto estaba coloreado de negro. Lo cruzaban ligeras y angostas rayas blancas. De día el aposento semejaba una piel de cebra, y por las noches una espiral infinita, un paisaje aterrador, un caos total... un mundo aparte, donde los cuadros y fotografías eran un producto de los sueños. Este era su cuarto, así lo había querido y así lo había imaginado siempre. Pero sobre todas las cosas (aún a costa de su temor), para Manzi era el único lugar donde podía realizar lo que a su fuero interno convenía. Donde podía soñar, aunque su mundo onírico fuera diferente al de los demás humanos. Y que al cerrar la puerta sentía que la sociedad y los convencionalismos sociales se quedaban fuera. “Adiós mundo”, decía Manzi al correr el cerrojo de la puerta.

*Del cuaderno de Gregory*

## Laberinto

**E**s horroroso, pero anoche soñé que mi madre era un monstruo... un monstruo, sin pelos, sin garras, sin colmillos, ni facha de bruja, ni ninguna otra característica: sólo era ella misma.

Hoy estuve caminando por la ciudad: por sus plazas, los centros comerciales, sus bosques de árboles conocidos y desconocidos y los callejones: deseaba perderme en ella.

Siempre soñé con tener una familia como las de la televisión, pero al final preferí que no fuera tan perfecta.

Si no me encuentro dentro de media hora, estoy perdido.



## XVII

### La mancha en tus ojos

**A**l principio sólo ves una mancha en la pared: sin fondo ni forma. Un capricho ocasionado por el tiempo que corrompe lo que toca, que transforma todo lo que existe: se mueva o no se mueva. La mutación es lenta, pero continua. Nada sigue igual después del minuto transcurrido. Nada es lo mismo luego de media hora, de una hora, un día, de meses, de años... así hasta el infinito. Desde el inicio de la mutación, los cambios suelen ser imperceptibles. Luego, con el tiempo transcurrido, la metamorfosis es notoria y empiezas a buscarle el sentido y las formas a las cosas.

Ahora la mancha, a veintisiete años de haber surgido, tiene cuerpo. La ves y sientes nostalgia. Te dan ganas de llorar y lloras ¿Es una monstruosidad?, total, nadie te ve ni juzgará tus sentimientos, tampoco tu soledad. Al inicio, para ti, la mancha no tenía importancia: pues sólo era eso, una mancha. Luego la fue cobrando, cuando te diste cuenta que esa cosa... se parecía a ti.

## *Rectoría*

Ing. Roberto Domínguez Castellanos  
RECTOR

Mtro. José Francisco Nigenda Pérez  
SECRETARIO GENERAL

C.P. Miriam Matilde Solís Domínguez  
AUDITORA GENERAL

Lic. Adolfo Guerra Talayero  
ABOGADO GENERAL

Mtro. Pascual Ramos García  
DIRECTOR DE PLANEACIÓN

Mtro. Florentino Pérez Pérez  
DIRECTOR ACADÉMICO

Mtro. Jaime Antonio Guillén Albores  
DIRECTOR DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Dr. Eduardo E. Espinosa Medinilla  
DIRECTOR DE INVESTIGACIÓN Y POSGRADO

Lic. Ricardo Cruz González  
DIRECTOR DE ADMINISTRACIÓN

L.R.P. Aurora Evangelina Serrano Roblero  
DIRECTORA DE SERVICIOS ESCOLARES

Mtra. Brenda María Villarreal Antelo  
DIRECTORA DE TECNOLOGÍAS DE INFORMACIÓN

Lic. Noé Fernando Gutiérrez González  
DIRECTOR DE SERVICIOS DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN

## *Dependencias de Educación Superior*

C.D. Jaime Raúl Zebadúa Picone  
DIRECTOR DE LA DES DE ODONTOLOGÍA

Mtra. Érika Judith López Zúñiga  
DIRECTORA DE LA DES DE NUTRICIÓN

Mtro. Martín de Jesús Ovalle Sosa  
DIRECTOR DE LA DES DE PSICOLOGÍA

Dra. Sandra Urania Moreno Andrade  
DIRECTORA DE LA DES DE BIOLOGÍA

Ing. Francisco Félix Domínguez Salazar  
DIRECTOR DE LA DES DE INGENIERÍAS

Mtro. Carlos Gutiérrez Alfonzo  
DIRECTOR DE LA DES DEL CESMECA

Mtro. Jesús Manuel Grajales Romero  
DIRECTOR DE LA DES DE OFERTA REGIONALIZADA

Antrop. Julio Alberto Pimentel Tort  
DIRECTOR DE LA DES DE ARTES

Lic. Diego Martín Gámez Espinosa  
COORDINADOR DEL CENTRO DE LENGUAS

**Colección  
Boca del Cielo**



**UNICACH**

## La puerta de enfrente

Se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2010, con un tiraje de 500 ejemplares, en los talleres de Desarrollo Gráfico Editorial, S.A. de C.V. Teléfono: (55) 5-605-81-75, México, D.F. El diseño tipográfico estuvo a cargo de Wendy Vázquez Gómez, la corrección de Karen Limón Padilla y Luciano Villarreal Rodas y el cuidado de la edición de la Oficina Editorial de la UNICACH, durante el rectorado del Ing. Roberto Domínguez Castellanos.



Ramón Lara Gómez, como novelista, no se conforma con relatar una historia, la del amor de Manzi Gregory y Bertha; sino que además construye todo un universo poblado por palabras, con la pretensión de renovar forzándolo a aparecer de otra manera, el mundo, en un espacio que está aquí y allá, que bien puede ser cualquier lugar geográfico, Chiapas o Michoacán, donde se vive lo cotidiano, aquí y donde también se vive lo literario, allá; para lo cual se sirve de las virtudes transformacionales del lenguaje, para precisar las imágenes del imaginario. De tal suerte que La puerta de enfrente viene a ser una imagen. En esta novela podemos encontrar varias de las Seis propuestas para el próximo milenio de Italo Calvino: entre las que la ligereza, la rapidez, la exactitud, la visibilidad y la multiplicidad son atributos y valores que parece ser fueron utilizados en su elaboración, admirable tanto por el interés estilístico y estructural como por la economía, el ritmo y la lógica con que es contada. Sin duda, es un texto de gran calidad literaria.

Luis Ortiz Arias

